AVENTURAS EN CENTROAMERICA

DOS NOVELAS HUMORISTICAS

JOSE MILLA

EL ESCLAVO DE DON DINERO

1
Entrada en el mundo del niño Canuto Delgado

Llámase el héroe de esta estupenda y galopante historia don Canuto Delgado. Vino al mundo por las mismas condiciones que todos los que gozamos de esta triste vida. A los veinte ños perdió a sus padres y se encontró dueño e la suma redonda de tres mil pesos. Desués de haber enterrado a los autores de sus ías, el huérfano hizo la primera visita a su esoro, y cuando lo vió, sintió el corazón tan namorado de él, que olvidó a los pobres ifuntos y se declaró desde aquel isstante humilde adorador de don Dinero.

Canuto sabía leer y escribir, había curado gramática, y al morir sus padres estuiaba filosofía, que según le habían dicho en clase era el amor a la sabiduría más como corazón humano no tiene lugar suficiente ara dos amores el de don Dinero se apoderó el alma de Canuto y mandó a pasear a Doa Sabiduría.

Determinó, pues, dejar los estudios. De das las ciencias, la única que llamaba la ención del joven Delgado era la química, es se ocupó en una dificilísima operación transmutación de metales: quería convertaquellos tres mil duros de plata en otros ntos de oro puro. Al demonio no le ocue semejante idea.

Vendió las pocas prendas que le habían jado sus padres; no conservó más que una chara y un tenedor de plata falsa, calcundo que podían servirle en algún apuro, y é a vivir a la casa de huéspedes de doña masa Malabrigo, donde lloró tantas plas, que lo recibieron por diez pesos menales.

Sus posesiones eran pocas. Se componían de la cama, sin colchón, porque según decía, no aguantaba el calor; y el traje que llevaba puesto, consistente en un pantalón color de aceituna y una chaqueta que había sido azul. Ambas piezas estaban negras y charoladas a fuerza de uso. Completaban el traje una capa y un sombrero que habían pertenecido a un tío clérigo de don Canuto, ya difunto.

Poseía también una caja de hierro que encerraba el dinero. El decía que lo único que contenía eran unos papeles de familia, muy interesantes. Llevaba la llave pendiente del cuello, bajo la camisa, y no abría la caja sino en altas horas de la noche y cuando ya los otros huéspedes estaban dormidos.

Pero aquellos diez pesos de la pensión mensual, quitaban el sueño a don Canuto, y se dio a encontrar un "modus vivendi" sin pagarlos. Al fin hubo de hallarlo.

La dueña de la casa tenía dos hijos a quienes habían expulsado de cuatro escuelas porque no pasaban de la cartilla. Delgado dijo que eso consistía en los maestros y se ofreció a enseñar a los angelitos las primeras letras, la gramática, la filosofía, la teología, la metalurgia y muchas cosas más. La Malabrigo abrió la boca y confesó que no había sospechado que tanta ciencia tenía ella dentro de las cuatro paredes de su casa que no discutió el contrato, y al fin se convino en que Canuto no pagara pensión y enseñaría a los muchachos.

Pero aun no estaba contento. Pensó cómo excusaría el gasto del lavado y remendado de la ropa, y encontró el camino. La Malabrigo llevaba las cuentas de la casa con granos de maíz. Delgado le demostró que este sistema no estaba a la altura del siglo: le presentó un libro en blanco y le ofreció encargarse de las cuentas, si le lavaban y remendaban. La señora no entendió las explicaciones que hacía don Canuto, y esto fue suficiente para que aceptara el negocio.

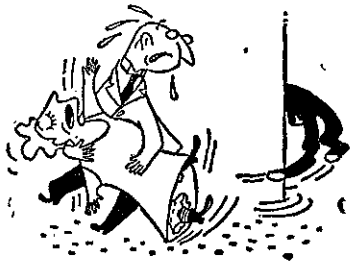
Tenemos, pues, al niño con tres mil pesos guardados, alojado, mantenido, lavado y remendado sin sacrificio de dinero. Ya ustedes ven que no es mal principio para un

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

muchacho de veinte años, y que el protagonista de la novela promete.

2

Como escribiente del Lic. Matraca



Conservar no es bastante. Es necesario adquirir. Partiendo de estos luminosos principios de economía política, determinó Canuto ocuparse seriamente en la operación de convertir las blancas en amarillas. Se acomodó como escribiente de un abogado famoso, el Licenciado Matraca, que le ofreció ocho pesos mensuales de sueldo y "uñas libres". Esto quería decir (al menos así lo entendió Canuto) que podía desplumar a los clientes, si se dejaban, y a su mismo patrón, si se dormía él.

Delgado no era tonto. Formó una tarifa que decía cuánto cobraba por prestar ciertos servicios a los clientes. Aquí sigue una muestra de los precios:

Por introducir al cliente cuando el Licenciado duerme la siesta	4 rs.
Por copiar un alegato	6 rs.
Por poner un expediente a la vista	2 rs.
Por hablar a la 'niña' a quien visita el Licenciado e interesarle en favor del cliente ..	4 rs.
Por convencer al Licenciado no se encargue de defender también a la parte contraria	$10.

Por ese estilo eran los demás artículos de aquella justa y moderada tarifa. Con el patrón era otra cosa. Delgado no hacía más que hurtarle al descuido algunas hojas de papel sellado, y decía que las habían comido los ratones; los cortaplumas, la tinta y la arenilla; y como de estos pequeños robos no podía culpar a los ratones, decía que debían andar duendes en la casa. Matraca sabía que el ratón y el duende eran su escribiente; pero se lo disimulaba, porque el mozo era listo y el salario cómodo.

Canuto había tomado la idea de ponerse una especie de mangas de cuero para no gastar las de su saco en la oficina, y a fin de que los pantalones no se le usaran con el roce de la silla, se acostumbró a bajárselos al sentarse a escribir. Esto hacía, decía él, por el calor, y cuando entraba alguna dama de las clientes del Licenciado, el púdico joven se cubría bonitamente con la carpeta de la mesa.

Quiso la desgracia que un día que hablaba Matraca en su oficina con doña Lugarda Quintañona y que Canuto tenía los pantalones donde acostumbraba, le mandó el Licenciado a que fuese a la pieza inmediata a buscarle sus anteojos, que había olvidado. El mozo no se movía. Matraca repitió la orden, y fue necesario obedecer. Se puso en pie. Doña Lugarda vió, lanzó un grito y cayó desmayada en brazos de Matraca. Canuto huyó con los pantalones en la mano y no volvió jamás.

Había estado tres meses al servicio del Licenciado. Liquidado sus cuentas, resultó que había ganado 25 pesos de sueldo y 45 de "caídos". Esa cantidad fue a acompañar a los 3,000 en el cofre-fuerte de don Canuto Delgado.

3

Negocios de Banca

Viéndose sin empleo, comenzó don Canuto a pensar cómo haría para ganar algún dinero. Después de mucho reflexionar, resolvió dedicarse a los negocios de banca, dando sobre prendas o con otras buenas seguridades, al moderado interés de un real por peso.

No le faltaron clientes. Un pobrete que andaba cierto día apuradísimo y a punto de ahorcarse por cien duros, se dirigió a don Canuto, que le conocía muy bien. Le pidió la cantidad por nueve meses y le presentó en garantía la escritura de una casita que valía dos mil.

—Por servirte —le dijo Delgado— haré el negocio; pero ya sabes el interés que cobro, y que además lo descuento íntegro de la cantidad que doy.

El necesitado se puso de acuerdo con todo, con tal de recibir el dinero. Canuto abrió la caja con muchas precauciones, puso los cien duros sobre su cama y comenzó la operación del descuento, a su manera.

—Esto es por el primer mes —decía—, y separaba una cantidad. Esto por el segundo, y separaba otra; esto por el tercero; y así sucesivamente. Cuando llegó a contar el noveno mes, los cien duros estaban concluidos y faltaban doce pesos cuatro reales para completar el capital.

—Hombre, a ver —dijo Canuto—, es como que sales debiéndome; y repitió la operación.

No había duda. El pobrete quedaba endeudado. Trabajo le costó arrancarle la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

escritura y que le perdonara generosamente aquellos doce pesos cuatro reales.

En aquellos mismos días ocurrió un suceso que no debo pasar en silencio, por estar enlazado con la historia de la vida de mi héroe.

Sucedió que habiéndose establecido el "Diario de Centro América", don Canuto, sea que le llamara la atención la parte de anuncios, por ver si se ofrecía alguna ganga, o por novedad, tuvo la idea de suscribirse al periódico. Pero entre tener esta idea y formar el propósito de pagar la suscripción, hay una enorme distancia. Delgado quería leer el "Diario" sin pagar, y este problema lo llegó a resolver de una manera que haría honor al más hábil financiero.

Los huéspedes de doña Tomasa eran ocho, contando con don Canuto; y como todos tenían igual deseo de leer el "Diario", les propuso formar una compañía para comprarlo. El proyecto pareció bueno y en dos horas se suscribió el capital, que ascendía a la respetable suma de un duro, para cubrir la suscripción del primer mes.

Pero aquel real mensual que tenía que pagar era una espina atravesada en el corazón sensible de don Canuto, y se echó a pensar cómo evitaría el gasto. ¡Escuchad vosotros todos los que tenéis necesidad de encontrar un recurso supremo para salvar una situación difícil. Canuto propuso a los demás huéspedes que leyeran todos el papal y se lo entregaran cuando lo hubiesen concluído; pues le gustaba, dijo, saborearlo muy despacio. La idea fue aceptada. Los siete compañeros de Delgado leían el periódico uno tras otro, desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana del siguiente día, y no entregaban a don Canuto. Este lo despachaba en veinte minutos y lo pasaba a cierto barberito llamado Teodoro Rajacuero, que había convenido en recibirlo a esa hora, que era la de abrir la tienda, y pagar la suscripción a Delgado, que de esta manera realizó su proyecto de leer "gratis".

Las relaciones entre don Canuto y aquel barbero eran antiguas. Habían sido compañeros de escuela, y Delgado tomó cariño a Rajacuero, porque le pareció muchacho trabajador, activo y económico. Cuando abrió su barbería en un barrio de la ciudad, Canuto se declaró protector del establecimiento y ayudó mucho al nuevo barbero, celebrando la suavidad de su mano, lo bien afilado de sus navajas, y la limpieza de cepillos, peines y toallas. Este fue el gesto que hizo por entonces el generoso capitalista en favor de su antiguo condiscípulo.

El oficio comenzó a correr y Rajacuero reunió algunos reales, lo que no se ocultó al ojo perspicaz de don Canuto, que olía a don Dinero, aunque estuviera a cien leguas y oculto en las entrañas de la tierra. Desde que vio "fondeado" a su antiguo amigo, se le mostró más adicto, y un día que los sentimientos magnánimos no le cabían ya dentro del pecho prorrumpió en el siguiente discurso:

—Amigo Rajacuero: ya has visto cómo con la ayuda de Dios y la mía tu establecimiento barberil ha ido prosperando y se ha hecho famoso en el barrio. Debes este resultado a mi protección y a tu trabajo; pero es necesario que no duermas sobre tus laureles. En el siglo en que vivimos, el que adelante no mira, atrás se queda. Debes pensar en ensanchar el negocio, establecerte en un punto central de la ciudad, adornar la tienda, comprar buenos útiles, en una palabra, ponerte a la altura de tus compañeros, y así harás fortuna. Con tus ahorros y algo que yo pueda, en mi pobreza, proporcionarte, pagarás los gastos del nuevo taller. Por mi parte no te pido gran cosa por el nuevo servicio que voy a prestarte. Me contento con tu gratitud y... las dos terceras partes de las utilidades.

Rajacuero abrió desmesuradamente los ojos y la boca al oír la generosa propuesta de don Canuto. Su primer impulso fue echarlo fuera de su tienda. El segundo fue menos enérgico. Reflexionó. El tercero lo inclinó a aceptar. Continuó reflexionando y el cuarto acabó de decidirlo. Hizo sus cálculos, formó su presupuesto, que montaba a trescientos veintinueve pesos siete reales, de los que debería prestar don Canuto los doscientos y el resto se cubriría con los ahorros de Rajacuero.

Ocho días después, el nuevo establecimiento estaba abierto. Delgado se instaló en la tienda y llevaba una cuenta exacta de los que llegaban a afeitarse, a cortarse el pelo, o a sacarse muelas. El producto era bueno. Canuto se restregaba las manos cuando, al volver a su casa por la noche, contaba las ganancias del día.

Pero es condición de las cosas humanas el estar sujetas a mudanza. Antes de que se cumpliera un mes desde que se había abierto el establecimiento de Rajacuero, amaneció una mañana en el lado opuesto de la calle otra barbería de un italiano que ofreció, en un anuncio que circuló, hacer maravillas con cabellos y barbas. Todos los clientes acudieron al nuevo taller, y el de Rajacuero no veía ya entrar por sus puertas sino a uno u otro descendiente de los antiguos señores del país, que se afeitan y cortan el pelo por mitad de precio.

Delgado estaba medio muerto de pena; pero el desventurado debía agotar hasta las heces el cáliz del dolor. Un día llegó a la tienda a las ocho de la mañana como de costumbre y le llamó la atención el ver la puerta cerrada. Empujó, se abrió, y encontró la pieza vacía. Dió voces, gritó que lo habían robado, asesinado; estaba medio loco. En tres días casi no comió ni durmió. Recorrió la ciudad calle por calle, avenida por aveni-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

da, callejón por callejón; y visto que no daba con el barbero, resolvió andar la República entera, si fuera necesario; y si no daba con él, hasta encontrar al infame, cruel, desagradecido, que le había chupado su más preciosa sustancia.

Diremos cómo llevó Canuto a cabo esa determinación y lo que le sucedió en sus viajes.

4

Peregrinación en busca de Teodoro Rajacuero

Pensativo se quedó el bueno de don Canuto Delgado durante un cuarto de hora en la esquina de la calle donde estaba situada la casa de doña Tomasa Malabrigo, dudando hacia cuál de los cuatro vientos dirigiría su excursión.

Puesto el sombrero del tío clérigo, echada al hombro la capa que fue manteo, volvió a tocarse el pecho por la centésima vez en aquel día, a fin de asegurarse de que estaba allí la llavecita de la caja de hierro. El cuidado por aquel adorno había aumentado mucho desde que guardaba, además del numerario, los pagarés extendidos por las personas a quienes el banquero había suministrado fondos. El único documento que llevaba consigo don Canuto, era la escritura que le había dado Rajacuero, y que debía servirle para cobrarle dónde y cuándo lo hallara.

Al despedirse de doña Tomasa y de sus compañeros de posada, les dijo Delgado que iba a hacer una temporada de salud, por pocos días, a un pueblo de las inmediaciones. Que hacía el viaje a pie, porque los caballos de alquiler, con ser tales, estaba dicho que eran malos, y que a las diligencias, le alzaba pelo, por los accidentes que sucedían en ellas con frecuencia.

Pendiente del brazo izquierdo llevaba una bolsa con vituallas, y sin más prevención se dispuso a emprender la caminata.

Después de vacilar un rato, resolvió nuestro héroe tomar el camino de la Antigua. Cualquiera dirá que don Canuto Delgado se condujo como un tonto al tomar ese camino, sin tener el menor dato de que hacia allá hubiese volado el pájaro; y tal vez ese cualquiera tendrá razón al decirlo. Pero como en este mundo nadie sabe las reglas ocultas que gobiernan eso que llaman casualidad, no se podrá explicar satisfactoriamente cómo fue que don Canuto acertó a elegir el rumbo que llevaba el sujeto cuya pista seguía. A veces estoy tentado a creer que existe un fluído que nos conduce hacia una persona a quien buscamos, exceptuando, por supuesto, los infinitos casos en que nos hace ir en una dirección enteramente contraria.

Pero aquella vez el fluído, o lo que sea, dio en el clavo; pues en Mixco supo don Canuto, por un conocido con quien "topó", que hacía dos horas había pasado por aquel pueblo el consabido barbero, caballero en una buena mula y atadas a la grupa unas alforjas que parecían contener cosa pesada.

—Lo que ese hombre lleva en las alforjas —exclamó Delgado—, es carne de mi carne y hueso de mis huesos; y sin perder tiempo continuó su marcha.

Llegó a la Antigua y se detuvo a la puerta de un mesón, donde preguntó al mesonero si no había visto pasar a un hombre montado en una buena mula y con un par de alforjas a la grupa.

—¿Cómo es? —preguntó el mesonero, que debía ser un gran socarrón, como la mayor parte de los de su oficio—. ¿No es uno alto y flaco?

—Así es —contestó Canuto.

—¿Trigueño?

—Un poco.

—¿En una mula grande, de dos colores?

—Supongo que sí.

—Y las alforjas, ¿no son de esas de pita, que .

—Y bien, sí; ¿le ha visto usted? —interrumpió Delgado, ya impaciente.

—Pues señor —dijo el mesonero, rascándose la cabeza y como dudando—; para no mentir, no le he visto.

Se daba al diablo don Canuto e iba a emprenderla con aquel pícaro, cuando intervino otro sujeto que estaba en el zaguán de la casa y había escuchado la plática.

—La persona —dijo—, por quien pregunta este chancletudo (y no era poco exacto el epíteto) pasó hará unas tres horas y cogió el camino de Chimaltenango.

—¿Está usted seguro? —preguntó Delgado.

—Tan cierto —replicó el otro—, como que le hablé y le ayudé a amarrar unas alforjas llenas de pesos que llevaba a las ancas de la mula y que ya se le iban a caer.

Don Canuto se puso pálido, luego rojo, y después verde, al considerar que su dinero (pues por tal lo tenía ya), había estado a punto de perderse. Sin aguardar más, ni despedirse de aquella gente honrada, continuó su marcha; pero por más que apretó el paso, no pudo llegar a Chimaltenango antes de las nueve.

El pueblo estaba desierto. Ni una alma a quién preguntar por el hombre de la mula y las alforjas. El infeliz estaba medio muerto de hambre y de fatiga. Consumió parte de las provisiones que llevaba en la bolsa, y tendiendo el ex-manteo bajo el alero de una casa, con el sombrero por almohada, durmió de una pieza durante siete horas.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

5

A San Salvador por la costa

La del alba sería (como dijo Cervantes), cuando volvió en sí el perseguidor de Rajacuero. Las parleras avecillas comenzaban a saludar con sus arpadas lenguas las primeras vislumbres del naciente Febo, que sobre las parduzcas torres del viejo campanario de la iglesia se reflejaban. Don Canuto Delgado, que no estaba de humor para recrearse con pajarillos, ni para admirar crepúsculos, agarró un grueso bastón que en el camino se había proporcionado, y buscó la salida del pueblo, por el rumbo que guía hacia Patzún.

Se detuvo delante de una casa de las últimas de la población, a cuya puerta estaba una vieja desgranando maíz para unos puercos, cuyos sordos gruñidos contrastaban desagradablemente con los gorjeos de las mencionadas avecillas. Le hizo don Canuto la acostumbrada pregunta respecto al hombre de la mula y las alforjas, a la que contestó la de los puercos:

—Por tantito se juntan. Hará una hora larga que estuvo parado donde está su merced, tomando un trago que le vendí sólo por ser él, que no ha de ir a contárselo a la policía, y siguió su camino. Dijo que iba a comer a Sololá, a dormir a Totonicapán, y que mañana, primero Dios, llegará a Quezaltenango. Y usted, ¿no gusta de hacer la mañanita?

Sin hacer caso de la invitación, por no gastar un medio real, determinó Canuto seguir adelante, por el itinerario que el mismo fugitivo había trazado, a lo que decía aquella vieja porqueriza y clandestina. Pero en aquel momento se presentó a su imaginación una cuestión grave. Las provisiones que sacó de la casa de la Malabrigo estaban casi agotadas. Verdad es que había cuidado al salir, de ponerse algunos reales en el bolsillo; pero al hacerlo, juró solemnemente no gastarlos, sino cuando ya no hubiese recurso humano a qué apelar para vivir a costo de los demás. Se puso, pues, a buscar medios de cumplir aquel juramento; y como el hombre era fecundo en expedientes, pronto encontró el medio de no desatar el nudo.

—Viviré —se dijo a sí mismo—, sobre la iglesia; esto es, al llegar a cualquier pueblo, me iré derecho a la casa parroquial, diré al cura que soy un pobre estudiante, que voy a ordenarme a Chiapas, y muy inhumano ha de ser, si no me da la posada y la comida sin que yo lo pague.

Como lo dijo lo hizo. Almorzó en Patzún a costo del cura; comió en Sololá ídem; se alojó y cenó en Totonicapán, ídem per ídem. En todas partes, al oír la historia que contaba y que él sabía presentar con toda la apariencia de la verdad, tenía el novicio abierta la despensa de los curas. Además, cuidó de informarse en aquellas poblaciones del hombre de la mula y las alforjas, y en todas le dijeron que acababa de pasar.

Mas, como por mucho que ande un pedestre que no está habituado a largas caminatas, debe quedarse bastante atrás del que lleva la delantera, montado en una buena bestia; sucedió que don Canuto llegó a Quezaltenango dos días después del de la mula. Perdió otro día en hacer investigaciones, y por último, tuvo la grandísima pena de oír que el barbero chapín no había estado más que un día en la ciudad, y pareciéndole que no haría negocio, se había marchado hacia Mazatenango.

Allá fué también Delgado en pos de Rajacuero, y cuando llegó a la población, supo que el barbero tan viajero, descontento del lugar iba ya con dirección a El Salvador por la costa. Le siguió el incansable don Canuto. Llegó a Sonsonate, y allí le informaron que tres días antes había pasado un sujeto como el que él describía, y que iba a la capital de la República.

Delgado fué también a San Salvador; se hospedó en casa de un cura, como de costumbre, merced a la estratagema de la clerecía, y después de comer, preguntó con aire distraído, si no estaría por casualidad en la población un barberito paisano suyo que había salido con dirección a aquella tierra.

—Me alegraría —añadió—, de encontrarlo; porque tiene la mano más suave de este mundo para sacar muelas, y a mí me dan muy malas noches los colmillos.

Le contestó el cura que estaba allí un maestrito nuevo, cuya tienda se había abierto dos días antes y que creía que se apellidaba Rompecuero.

—Rajacuero —gritó Canuto, que vió el cielo abierto—; ¡él es, él es!; voy ahora mismo a que me saque los colmillos —(o a sacárselos yo a él)—, añadió en voz baja, y salió corriendo, dejando al cura con la idea de que debía ser muy agudo el dolor de colmillos de aquel pobre estudiante de teología.

Al primer sujeto que encontró, pidió señas de la barbería nueva. Se le dijo que estaba en la calle principal, a media cuadra de la plaza, a la derecha; y sin oír más, corrió allá.

¡Oh dolor! La tienda estaba cerrada. Se informó en las vecindades y supo que el condenado barbero se había marchado aquella mañana muy temprano para San Miguel.

Don Canuto no vaciló. Se echó al hombro la capa raída, se apoyó en el bastón y caminó. Nuevo judío errante, creía escuchar una voz que le gritaba: "¡Marcha, marcha!"; y no le consentía un instante de reposo.

Al llegar a San Miguel, supo que había

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

estado allí efectivamente un barbero tal como el que buscaba; pero que pocas horas antes había salido para La Unión, con el objeto de tomar el vapor que debía tocar al siguiente día en el puerto y seguir a Corinto.

—Si camino de prisa lo atrapo —se dijo Canuto, y apretó el paso.

Llegó al puerto a otro día entre oscuro y claro. El vapor estaba próximo a partir. Un bote atestado de pasajeros atracaba al costado del buque. Comenzaron a trepar por la escalera.

—¡Ah! ¡Eh! ¡Ih! ¡Oh! ¡Uh!

Tales fueron las exclamaciones en que prorrumpió Delgado al observar al cuarto pasajero, que subía con unas alforjas al hombro. ¡Era Rajacuero!

—¡Allá voy! —gritó Canuto—, ¡aguárdenme! Aunque me arruine, ¡doy dos pesos porque me aguarden!

En aquel momento resonó un cañonazo. Una espesa columna de humo que salía de la chimenea se elevaba en espiral y se deshacía en la atmósfera serena. El vapor se movía ya y un momento después hendía las olas más veloz que el pájaro marino. Canuto con un movimiento irreflexivo e impelido por aquella voz interior que le gritaba: "¡Marcha!", quiso arrojarse al mar; pero una mano caritativa lo agarró por la capa y lo detuvo. El alado monstruo se perdía en la distancia y no se veía más que el surco luminoso que trazaba sobre la tranquila superficie de las aguas.

6

A Nicaragua y Costa Rica

Sin dar las gracias, sin volver a mirar siquiera a la persona que bondadosamente le había impedido el hacer un enorme disparate, don Canuto Delgado, llorando de rabia, se dirigió a la población y volvió a tomar el camino de San Miguel.

Cuando llegó a la ciudad se había tranquilizado algún tanto y formado la resolución de seguir a Nicaragua por tierra, con la esperanza de que allá se fijaría al fin el inconstante y andariego barbero y que fuese aquella República el término de su penosa peregrinación.

Calculaba que en todas partes donde fuera hay curas, y contando con este recurso providencial, emprendió heroicamente aquella larga jornada. Al cabo de no sé cuantos días llegó a León y lo primero que hizo fue preguntar al cura en cuya casa se hospedó, qué barberos había en la ciudad. Le contestó que se contaban cuatro o seis del país, y que uno de Guatemala que había estado allá cerca de dos semanas, cababa de marcharse para Corinto donde habría tomado ya el vapor para Puntarenas. Nueva desesperación del desventurado Canuto.

—¡Ah Costa Rica! —decía—; ¡tendré que ir hasta Costa Rica!

Por fortuna suya no tuvo que hacer el viaje por tierra. Había en la ciudad un caballero ciego que iba a San José en busca de un acreditado oculista para hacerse batir las cataratas. El cura recomendó a Canuto para que fuera sirviendo al ciego, y fue aceptado, pagándole el pasaje y abonándole doce reales de salario por el viaje. No se habló de ropa limpia, porque dijo Canuto que no la necesitaba.

Tomaron el vapor en Corinto; llegaron felizmente a Puntarenas y luego a la capital de la República. Delgado iba leyendo con atención las muestras de las tiendas en la calle de la entrada. De repente se paró. Se restregó los ojos; temía ser víctima de una ilusión. Sobre una puerta de tienda estaba un tarjetón pintado de azul y sobre él escrito lo siguiente en grandes letras doradas:

A LA BARBERIA NUEVA
RAJACUERO, TIJERINO Y CIA.

Dejó Canuto al ciego plantado en medio de la calle y de un salto llegó a la puerta de la tienda. Allí estaba su hombre. Vuelto de espaldas a la puerta se ocupaba en trasquilar a un prójimo. Canuto se lanzó sobre él y lo agarró por el cuello, gritando:

—Al fin te cogí, infame Rajacuero. Devuélveme lo que es mío, ladrón de camino real, si no quieres que te estrangule ahora mismo.

El sujeto insultado y agarrado se volvió a mirar a quien tan mal lo trataba. Canuto cambió colores. El barbero era un viejecillo que se parecía a Rajacuero como un huevo a una gallina, y dijo con mucha calma:

—Este hombre está borracho, o es loco.

—Borracho no —replicó Canuto—; loco quizá, porque tal me está poniendo la mala pasada que me ha hecho un pícaro cuyo apellido está escrito con todas sus letras en la muestra de esta tienda. Dispense usted, mi amigo, que por un error muy natural, me haya propasado un poco con usted, y si es cristiano, dígame dónde se ha metido ese infame Rajacuero, que el diablo cargue con él, siempre que antes me pague lo que me debe.

—El sujeto por quien usted pregunta —replicó el viejecillo—, es, o por mejor dicho, ha sido mi compañero hasta antes de ayer. Yo soy Diego Tijerino, para servir a usted. Hice compañía con el maestro Teodoro Rajacuero; el negocio iba muy bien; pero fíjese que mi socio da en componedor del mundo. Critica, murmura, concurre a jun-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tas, lo acusan de andar metido en un plan de revolución, lo buscan, se esconde, lo atrapan y lo mandan a Puntarenas, donde se habrá embarcado ya.

—Entonces yo debo haberme cruzado con él en el camino —dijo Canuto—, pues acabo de llegar del puerto.

—Así deberá ser —replicó Tijerino, y siguió tranquilamente su interrumpida operación.

—¿Y no dijo —preguntó Canuto—, dónde pensaba establecerse?

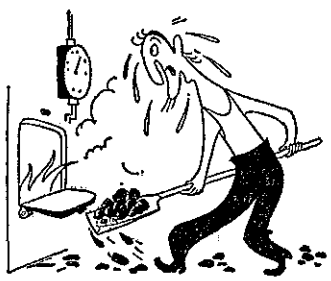
—Sí; va a desembarcar en Amapala y de allí a Tegucigalpa, donde se propone abrir tienda.

—Es decir que tengo que emprenderla para Honduras, —exclamó Delgado, llorando de ira—. Pero todos estos pasos y gastos han de costarle un ojo de la cara.

Dicho esto se marchó y fué a acomodarse como criado de un hotel, por los días que debían pasar hasta que regresara el vapor de Panamá.

7

A bordo de fogonero y en tierra de "Doctor Imaginario"



Don Canuto Delgado no es el primero que ha corrido ni será el último que corra en busca de un objeto que no podrá alcanzar. Todos cuantos vivimos en este mundo fantástico, vamos persiguiendo alguna sombra impalpable que se nos escapa y se desvanece cuando ya vamos a tocarla. Preguntad a los conquistadores, a los políticos, a los sabios, a los codiciosos, a los enamorados, y si son sinceros os confesarán que cada cual escucha una voz misteriosa que le grita: "¡Marcha, marcha!"; y obedeciendo a esa orden del destino, sigue en pos de una quimera que se va y lo deja, como se va el barbero de esta historia, dejando siempre burlado a su perseguidor.

Si don Canuto hubiera sido filósofo, se habría consolado probablemente con esa reflexión; pero era simplemente esclavo de don Dinero y rabiaba al ver que al amo a quien servía y a quien trataba de alcanzar, se le escapaba cada vez que creía llegar a él.

Obedeciendo a la ley de su destino, cuando fue tiempo de que llegara al puerto el vapor que debía llevarlo a Amapala, se marchó de San José con el salario íntegro que había ganado como sirviente del hotel.

A Puntarenas llegó al mismo tiempo casi que el vapor, y desde luego se dio a pensar cómo se gobernaría para que lo llevaran sin pagar pasaje. La casualidad o su fortuna le sirvió a pedir de boca en aquel apuro. Sucedió que el individuo que desempeñaba el oficio de fogonero, se enfermó en la travesía de Panamá a Puntarenas y andaban buscando una persona que quisiera sustituirlo. La ocupación era recia; pero nada asustaba a don Canuto cuando se trataba de ganar dinero. Se ofreció, fue admitido, y alimentó los hornillos del vapor desde Puntarenas a Amapala.

Desembarcó llevando el bolsillo regularmente provisto y el corazón contento, en cuanto podía en su situación. Felicidad completa no la habría para él, mientras no atrapase a Rajacuero y le hiciera soltar el último centavo de lo que le debía.

Dispuso marchar a Tegucigalpa sin pérdida de tiempo. Pero, ¿y el gasto? ¿Cómo haría para excusarlo? El engaño de la clerecía no había de tener éxito ya. Reflexionó. Cavó y cavó en la profunda mina de su imaginación y al fin dio con la veta.

—Seré médico —se dijo—; curaré o mataré gente; recibiré lo que me den, y ¡adelante!

Desde aquel momento, don Canuto Delgado fue para todos un estudiante de medicina que se había visto obligado a abandonar su patria por un disgusto de familia, cuando ya iba a obtener el grado de doctor.

Desde que tocó en Honduras comenzó a ejercer la profesión, recetando aguas cocidas o sin cocer, ungüentos, sangrías, pediluvios; suministrando píldoras de miga de pan, polvo de ladrillo en papelitos, y sobre todo muchas lavativas y de todas clases.

Le daban tortillas, frijoles; y cuando el paciente era acomodado, no perdonaba el peso de la visita. Yo no sé cómo vino a ser que don Canuto alcanzó gran fama de sabio médico en aquel viaje. Contaban maravillas de sus curaciones. Alábaban sobre todo los polvos colorados (de ladrillo), que hacían prodigios, un caldo de gallo negro con que había salvado a un agonizante y la bebida de "las siete sedas", que consistía en un poco de agua caliente, con siete hilachas de seda de diversos colores, con la cual había resucitado a un niño muerto.

Ejerciendo así la profesión por los pueblos, llegó a Tegucigalpa, donde lo esperaba un nuevo desengaño semejante a los muchos que había sufrido en aquel viaje. Supo, a no dudarlo, que Rajacuero había estado en la ciudad, abierto su barbería que llamó la atención y tuvo parroquianos; pero que tres días antes, sin saberse por qué, había vendido los pocos muebles que tenía y marchádose a Gracias.

Allá tuvo que dirigirse también don Canuto, representando la comedia del "Doctor imaginario", que yo escribiría si fuera Moliére o cosa parecida. En cuanto al resultado, debo decir en conciencia que de los enfermos que se pusieron en sus manos, unos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pocos sanaron, otros cuantos murieron, y los más se quedaron como estaban. ¿No es esto, poco más o menos, lo que les acontece a los verdaderos doctores en el mundo entero?

8

Terrible aventura en la montaña

Llegado el Doctor Canuto a Gracias a Dios, no pudo darlas por el resultado de su pesquisa. El impalpable barbero se había desvanecido como un fantasma. Pasó por aquella ciudad sin dejar ni el polvo, y tomó el camino de Guatemala.

—Me alegro —dijo el Doctor—; allá no se me escapa. ¿Dónde se ha de meter que yo no dé con él?

Le siguió, pues, la pista; y según iba sabiendo por las personas con quienes topaba, el fugitivo no debía ir muy distante. Por supuesto ya no montaba aquella buena mula que había sacado de Guatemala y que vendió, sin duda, al embarcarse. Iba, según informes fidedignos, en un caballo más viejo y mañoso que el de don Quijote, aunque no destinado, por desgracia a igual celebridad. Lo que sí conservaba eran las alforjas, al parecer, repletas, lo que consolaba a don Canuto de lo ruin de la cabalgadura, de que se proponía apoderarse.

Caminando así el uno tras el otro, llegó el barbero a atravesar la cadena de montañas que separa la República de Honduras de la de Guatemala, y a muy corta distancia, siguiendo el mismo camino, el infatigable don Canuto, que tuvo cierto presentimiento de que en aquella serranía había de atrapar al fin el que perseguía por mar y tierra desde tantos días.

En efecto, una tarde, comenzaba el sol a declinar; pero el calor de sus ardientes rayos se hacía sentir aún con mucha fuerza. En el corazón de la montaña, rodeado de unas rocas muy altas y espantables, había un pradecillo por el cual corría un limpio y claro arroyo que manando de las peñas, resbalaba mansamente por la llanura y se derrumbaba con estrépito en una hondonada allí vecina. Lo agreste y pintoresco del sitio, la hora y el calor, convidaban al viajero fatigado a tomar algún descanso. Al del rocín hubo de parecerle adecuado el punto para comer y pasar la siesta, pues apeándose, aflojó las cinchas y quitó el freno a su cabalgadura. Desató en seguida las alforjas que llevaba a la grupa, y sacando algunos comestibles, se disponía a matar con ellos su hambre y apagar su sed con el agua del arroyo.

En aquel momento llegó don Canuto Delgado, que a una distancia como de veinte pasos, vio y conoció perfectamente a Rajacuero. Iba a lanzarse sobre él como un tigre de aquellas montañas sobre el descuidado cabrillo, cuando vio Canuto estupefacto, saltar de una quiebra que hacían las rocas en la parte opuesta, a cuatro hombres armados de machetes, que cayeron sobre el desprevenido viajero. Apenas tuvo tiempo Delgado para ocultarse detrás de una peña, desde donde, sin ser visto, podía presenciar la terrible escena de que iba a ser teatro sin duda, aquel agreste y solitario sitio de la montaña del Gallinero.

El barbero corrió a su silla de montar, y tomando un cuchillo que llevaba, se puso en guardia. La lucha fue obstinada; y aunque tan desigual, sostenido por Rajacuero con la desesperación del que pelea por su vida.

Canuto comprendió que aquellos criminales, que aguardaban sin duda a su víctima, a quien debían haber visto, tenían por principal objeto apoderarse del contenido de las alforjas. Su propio interés le aconsejaba salir y ayudar a defender aquel tesoro. Tuvo impulsos de hacerlo; pero reflexionó y se dijo a sí mismo que un hombre solo y desarmado no podía ser de auxilio alguno al atacado, y que si él se presentaba en la lucha, serían dos las víctimas y no una. Resolvió, pues, ayudar a Rajacuero desde su escondite con sus fervientes votos, los que por desgracia no podían serle de mucha utilidad.

Pocos minutos antes, don Canuto habría dado cualquier cosa por estrangular a Rajacuero; ahora deseaba ardientemente verlo salir sano y salvo y sobre todo con las alforjas intactas, de aquel terrible lance.

No sucedió así por desgracia. El valor del barbero no bastó contra aquellos cuatro malhechores. Hirió a dos de ellos; pero al fin cayó sin vida bajo los golpes de los asesinos. Contaron éstos el dinero que contenía las alforjas y se lo dividieron, llevándose también el caballo y la montura. Canuto presenció la operación llorando a lágrima viva. Veía desaparecer aquellos doscientos pesos por los cuales había abandonado patria y hogar, cruzado tierras y surcado mares. Se despidió de ellos con la mayor ternura, y cuando se alejaron los ladrones, se acercó al cadáver y tuvo valor para registrarle los bolsillos, donde encontró unos veinte reales, que trasladó a los suyos, diciendo con voz entrecortada por los sollozos:

—Del lobo un pelo.

He ahí la oración fúnebre que el descorazonado esclavo de don Dinero pronunció sobre el cadáver, aun caliente, de su antiguo amigo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

9

La hermosa Gabriela

Abrumado de dolor continuó su viaje don Canuto Delgado, ganándose la vida en el camino honradamente con el ejercicio de su profesión. Estoy por creer que a fuerza de pasar por médico y de hacer veces de tal, el bueno del hombre había acabado por ser él mismo víctima de aquella farsa, persuadiéndose de que real y verdaderamente curaba. ¿No vemos a muchos poseídos de ilusiones semejantes?

Con su polvo de ladrillo, su caldo de gallo negro y su bebida de las siete sedas, vino Delgado haciendo maravillas por los pueblos, comiendo y ganando algún dinero. Llegó a Ocotepeque, luego a Esquipulas y llamándose siempre "Doctor", hizo al fin su entrada pública (porque lo vieron cuantos andaban por las calles) en esta capital.

Cuando se presentó en casa de la Malabrigo, salió ésta a saludarlo y abrazarlo, llorando de alegría. Los otros huéspedes lo rodearon y saludaron, informándole de su salud. Hasta los criados de la casa salieron a darle la bienvenida.

Detrás de la patrona iba y venía una joven a quien don Canuto no había dejado en la casa y a quien no conocía. Representaba como diez y ocho años, era de mediana estatura, cabello castaño, cortado y rizado sobre la frente; el color del rostro pálido; los ojos grandes, lánguidos y avellanados; la boca no muy pequeña, pero graciosa y con dos hileras de menudos dientes, que ella gustaba de mostrar, sin duda, pues sonreía con frecuencia. La mano fina, el pie breve, el talle esbelto; en fin, una mujer hermosa, agraciada y zalamera.

Observando que don Canuto veía a la joven con alguna extrañeza, le dijo doña Tomasa:

—Esta niña es mi sobrina y se llama Gabriela, para servir a usted. Ha corrido cortes; ha estado en San Salvador, Nicaragua, Costa Rica, medio mundo, y ha venido a buscar mi sombra; quiero decir, a vivir cristianamente bajo mi protección. Es inocente como una paloma; y si no se ha casado, no crea usted que es por falta de pretendientes, pues muchos y muy buenos le han salido; sino que no ha tenido voluntad, pues como dice el dicho, "casamiento y mortaja del cielo baja".

La hermosa Gabriela se puso roja como una pitahaya, en la parte del discurso de doña Tomasa relativa a lo del matrimonio, y bajó los ojos con una modestia que no estaba muy de acuerdo con lo de haber andado medio mundo, que contaba la tía.

Don Canuto, que no se había encontrado hasta entonces frente a frente con más mujer que la misma doña Tomasa y doña Lugarda, la del incidente de los pantalones, se quedó medio extático en presencia de las gracias de la doncella. Experimentó una sensación nueva, extraña, desconocida en el corazón, en el cerebro, en la sangre, en los nervios; no sabía dónde, y echando una mirada a su traje mugriento y a su capa raída, tuvo una cosa como vergüenza o mortificación de verse en semejante trapillo. Balbuceó algunas palabras entre cumplimiento y saludo y pidió permiso para retirarse a descansar.

Habían cambiado el cuarto a don Canuto. La Malabrigo tenía un nuevo huésped, que llegó al mismo tiempo casi que Gabriela, el cual era un estudiante de medicina, que ofrecía pagar bien. Para alojarlo, echaron fuera las prendas del ausente y las llevaron a una pieza interior, que tenía puerta de comunicación con las habitaciones de las criadas; puerta que doña Tomasa condenó por la parte de adentro, por el qué dirán, y no por desconfianza, pues le constaba, dijo, la hombría de bien de don Canuto. Este se estremeció al considerar que la caja de hierro había andado de un cuarto a otro; pero luego que se encerró en su camarachón, y registró el cofre-fuerte, tuvo el gusto de encontrarlo todo como lo había dejado.

En seguida procedió a hacer la inspección de su caja, o mejor dicho, de su talega, contando lo que traía en la bolsa que le había servido durante el viaje, de almacén de víveres y de tesorería, y encontró doscientos diez y nueve pesos, seis y medio reales. De esa suma, diez pesos era lo que había sacado al partir en busca de Rajacuero, y el resto producto del salario que ganó como sirviente del ciego en Nicaragua, como criado en un hotel de San José, como fogonero a bordo del vapor y como médico en los pueblos. Si no logró, pues, recobrar los doscientos pesos del barbero, traía algo más, ganado con su industria en aquel viaje. Pero no estaba satisfecho. Lloraba la pérdida de aquella suma y decía que si conociera a los ladrones, volvería a emprender la caminata en su persecución, hasta sacarles lo que le habían robado.

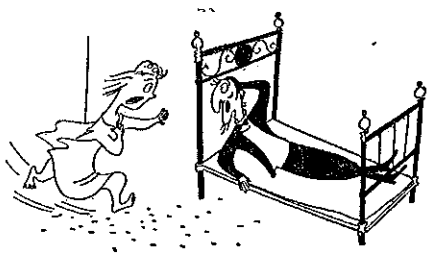
10

Un avaro expuesto a las flechas de Cupido

Don Canuto Delgado durmió muy mal aquella noche. Tuvo pesadillas en que se le representaron el barbero asesinado, las alforjas robadas, la caja de hierro y caminando de un punto a otro, como por el aire, y en medio de aquella extraña confusión, la figura bella y simpática de una poven blonda que cruzaba arrastrando una larguísima cola y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

seguida de media docena de adoradores, de quienes no hacía el menor caso.



Al siguiente día doña Tomasa llamó aparte a don Canuto, y con muchos circunloquios le dijo que las buenas cuentas hacían los buenos amigos; que durante su ausencia se le había guardado cuarto, que no se alquiló a otro, por no ponerle sus trastos en la calle; que por tanto, le parecía que pagara la mitad de la pensión convenida al principio, esto es, cinco pesos mensuales; ya que mientras estuvo fuera, no había dado lección a los muchachos. Su ausencia había sido de tres meses, y por consiguiente, debería pagarle quince pesos.

De espaldas se fue Delgado al oír aquello. Dijo que lo que se le cobraba era un exceso; que el cuarto, a todo rigor, valdría doce reales; que él era un pobre; que había gastado enormemente en aquel viaje, sin ganar un cuartillo, y que aunque quisiera, no tendría cómo pagar quince pesos.

La patrona se sonrió con malicia al oír llorar miserias a su huésped, lo que consistía sencillamente en que tenía vehementísimas sospechas de que aquel pordiosero del vestido charolado y la capa raída, era un ricazo de primera marca. Al trasladar la caja, les llamó la atención lo que pesaba, que no podía ser, dijeron, sólo el hierro de que estaba construida, y agregándose a esto una u otra sombra que había notado a don Canuto, acabó la Malabrigo por creer que aquella caja encerraba un gran caudal. Como sucede siempre, le suponían diez o quince veces más de lo que tenía en realidad. La astuta vieja, oídas las razones del huésped, le dijo que no se conformaba y que tratarían de eso otra vez.

Don Canuto veía a la hermosa Gabriela a todas horas y le parecía cada vez más hechicera, aunque de vez en cuando no tan inocente como la pintaba la tía. Hasta creyó el malicioso Delgado sorprender una u otra mirada extraña entre el estudiante de medicina y la doncella, lo que le daba muy mala espina. Sin embargo, Gabriela se mostraba muy fina y zalamera con él, y cuando el inexperto joven le dirigía alguna frase un poco equívoca, se sonreía y bajaba los ojos, que velaba el pudor. Todo esto encantaba al pobre don Canuto, que poco a poco se iba sintiendo enamorado hasta los tuétanos.

Una noche estaba tendido en su cama, vestido, repasando en su imaginación acalorada las gracias de la joven, cuando de repente se abrió la puerta del cuarto con violencia, y Gabriela, medio despeinada, con la bata suelta y más linda que nunca en aquel "deshabillé" estrepitó en la habitación, llena de temor, y cerrando la puerta, dando vuelta a la llave que estaba prendida en la cerradura.

—Defiéndame usted —exclamó temblando—, del estudiante de medicina que me persigue.

Diciendo así, arrojó la llave por la ventana que daba a la calle, y con un soplido apagó la luz, dejando el cuarto en tinieblas.

11

Entre la espada y la pared

No había transcurido un minuto desde la invasión del cuarto de don Canuto por la hermosa Gabriela y desde que ésta apagó la luz, dejando al héroe de la presente historia a oscuras y luchando entre el temor y la emoción que tan extraña aventura le causaba, cuando se abrió con estrépito la puerta que daba a la vivienda de las criadas, se iluminó el cuarto y se precipitó en él un grupo de personas de ambos sexos.

A la cabeza del pelotón iba doña Tomasa Malabrigo, erizado el cabello, echando fuego por los ojos, y armada de una escoba. A su lado estaba la cocinera de la casa, con un hachón de ocote encendido en la mano; en segundo término los huéspedes, con espadas y revólveres, y por último otras dos criadas con palos, y los hijos de la patrona.

La atribulada doncella, al ver aquella terrible aparición se levantó de la cama de don Canuto, donde se había sentado, y puesta de rodillas, y las manos juntas, pedía perdón a su irritada tía. Don Canuto veía a doña Tomasa, a Gabriela, a los huéspedes, a los criados y a los chicos, con aire de tonto, y no acertaba a pronunciar una palabra.

Entonces la respetable señora, levantándose sobre la frente los anteojos que se había puesto exprofesamente, por la solemnidad del acto, y enarbolando la escoba, se encaró con el confuso don Canuto, y exclamó con voz enronquecida por la cólera:

—¡Seductor infame, ¿no le bastaba a usted negarse a pagarme lo que me debe, queriendo privarme del producto de mi trabajo; sino que además pretende mancillar el honor de mi familia, atrayendo a esta imprudente y encerrándose con ella en altas horas de la noche (eran las ocho), en su propia habitación y a oscuras? ¿Es éste el modo de pagar los beneficios que me debe? ¿Cómo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

reparará usted, monstruo de ingratitud y de incontinencia, el mal que nos ha causado? Escuche usted, hombre cruel y bárbaro, mi resolución: o se casa usted dentro de tres días con mi sobrina, o la dota con diez mil pesos. Y agradezca usted mi moderación, pues nadie ignora ya que usted es tan rico como avaro, y que esta caja (y la golpeaba con el mango de la escoba), está repleta de oro de arriba abajo. Conque, decídase usted pronto. O matrimonio, o dote; y ni un sentado (centavo quería decir doña Tomasa) menos de los diez mil pesos.

—Y a usted— continuó la irritada matrona, dirigiéndose a la doncella—, válgale su inocencia y falta de mundo, pues le digo que si no fuera porque sé que no ha hecho más que caer en las redes de este seductor astuto, otro gallo le cantara. Vaya usted a recogerse.

Los huéspedes parecían horrorizados de la conducta de don Canuto; las criadas decían que a ellas nunca les había caído bien aquel sujeto piojoso, y los niños lloraban a grito herido, sin saber por qué.

El pobre Delgado quiso protestar su inculpabilidad; pero nadie parecía creerlo; y la verdad sea dicha, si usted, respetable lector, o usted, amable lectora, hubiesen entrado con doña Tomasa en aquel cuarto, y encontrando lo que ella encontró, no habrían metido las manos en el fuego por la inocencia de don Canuto Delgado. ¡Oh, falsas apariencias! ¡Con cuánta razón aconsejaba un poeta amigo mío que se desconfiara de vosotras!

Se retiró doña Tomasa con su acompañamiento, dejando a don Canuto solo, encerrado en su cuarto y lleno de confusión. Se puso a reflexionar y se dio a buscar en su fecunda imaginación la manera de salir bien de aquel apuro en que lo ponía su enemiga estrella.

Preciso es confesar que el amor que comenzaba a sentir por la sobrina de la Malabrigo, descendió muchos grados con aquella aventura. El hombre no era tan tonto que no conjeturara que la escena había sido preparada por la vieja hipócrita, en connivencia con la doncella y quizá también con el estudiante de medicina (que, entre paréntesis, se llamaba don Juan Socarra), a quien Delgado creía haber visto contener la risa con dificultad durante el lance.

—Mi apariencia— se decía a sí mismo don Canuto—, no es como para enamorar a la sobrina de doña Tomasa. Me creen rico y quieren concluir la obra comenzada por Rajacuero y por los ladrones, dejándome en la calle. Veremos. Trabajo ha de costarles desplumarme.

En efecto; la parte fisiológica del esclavo de don Dinero no era de las más atractivas. Alto, flaco, huesoso, con un bigotillo y una barberita cuyos pelos podían contarse al ojo desnudo; con el pescuezo más largo que la esperanza de un pobre y la manzana de Adán tan grande, que más era membrillo que manzana. Corto de cuerpo, y piernas desmesuradamente prolongadas, don Canuto era lo que me figuro yo sería Don Quijote en sus veinte años. Agreguen ustedes, bellas lectoras, a tan extraña efigie aquel pantalón y aquella chaqueta que quizá hubiera abandonado un pordiosero, aquella capa y aquel sombrero que denunciaba a una legua su origen clerical, y digan si el sujeto era como para que lo deseara por marido, no digo ya mujer joven y bonita, sino una a quien diera el sol por las espaldas y que fuera fea por añadidura.

Con razón consideró, pues, don Canuto, que el tiro iba dirigido, más que a su desgraciada persona, a la caja de hierro, y se propuso defenderla con todas las potencias de su alma. Al efecto, pasó en vela meditando el resto de aquella noche infeliz, y cuando comenzó a clarear el alba, había trazado ya su plan de operaciones.

12

En brazos de un esqueleto

Tres días había dado la Malabrigo a don Canuto Delgado para que, o reparara con el matrimonio la honra mancillada de su casa, o indemnizara la ofensa con una suma que era superior a su posibilidad. En efecto, el haber del avaro ascendía, con las ganancias que había hecho desde la muerte de sus padres, a unos cuatro mil quinientos o cinco mil pesos, y le exigían diez. ¿Cómo era posible que los pagara?

Pero es el caso que Canuto juró aquella noche, dos, tres, diez, cien veces, que no le sacarían un centavo, y tampoco quería en manera alguna pagar con su persona. Para esto tenía razones de gran peso. La primera, aquellas inteligencias secretas entre la moza y el estudiante Socarra, que le parecían muy mala base para un matrimonio. La segunda, que había notado en la hermosa Gabriela, una propensión al despilfarro que chocaba altamente con los hábitos de economía del esclavo de don Dinero. La espléndida doncella se mudaba de limpio dos veces por semana, lo que parecía a don Canuto un lujo criminal. Después, gastaba en los vestidos colas de dos varas; lo cual, además del desperdicio de la tela, traía consigo la ruina de los trajes. Le chocaba igualmente la profusión de adornos baratos que se colgaba; y habiéndolo oído decir que había dado cinco pesos por un par de zapatos, que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

no le duraban más que un mes, había estado a punto de desmayarse del susto.

—*No es ésta* —*se dijo*—, *la mujer* que a mí me conviene. ¡Guarda, Canuto! Fuera de lo del Socarra, que no es flojo, hay lo de la gastadera, que no es de menos. En dos meses se iría mi corto haber en trajes de cola, joyitas y otros adornos. ¡A otro perro con ese hueso!

Hecha esta reflexión, pensó y repensó cómo saldría ileso de aquel peligro. Su principal empeño fue descubrir las relaciones entre la inocente tortolita y el hambriento gavilán que anidaba en la casa bajo la figura de estudiante. Sus observaciones del primer día confirmaron sus sospechas, y al segundo estaban éstas convertidas en certidumbre. La amorosa paloma acudía de vez en cuando a la jaula del ave de rapiña, en visitas de otro género, sin duda, que aquella con que él fue favorecido. Pero el caso era sorprenderla in fraganti, y para eso se propuso desvelarse una noche, dos, diez, cuantas fuese necesario.

Se puso en acecho y no tuvo que esperar mucho tiempo. A la segunda noche de vigilia, entre doce y una, advirtió que por la puerta entreabierta del estudiante iba entrando una especie de serpiente cubierta de mil colores y de más de una vara de largo. Fijando bien la atención, cayó en la cuenta de que aquello que parecía serpiente, en la obscuridad y a la distancia, era la cola de un traje cuya propietaria debía haber entrado antes de su respectiva cola.

Así como suele decirse que por el hilo se saca el ovillo, dedujo lógicamente don Canuto que pues aquella cola no debía moverse por sí sola, era preciso que alguna persona la arrastrara. Infirió igualmente que esa persona había de pertenecer al sexo femenino, pues el otro no usa semejantes apéndices; y por último, que la propietaria de la cola, la que entraba en el cuarto de Socarra, no podía ser otra que Gabriela, pues doña Tomasa no había adoptado aquella moda, ni tampoco las criadas, a quienes las enaguas no les llegaban al tobillo.

—*Es necesario cogerlos, que me vean*, que no puedan negarlo, se dijo el acalorado Canuto y se lanzó tras la cola, en lo cual hubo de salir burlado.

Llegó, pues, a la puerta del cuarto, antes de que tuvieran tiempo de cerrarla; entró; pero no encontró más que el estudiante, sentado junto a una mesa y al parecer embebido en la lectura de un gran libro.

—¿Qué buen viento —dijo Socarra—, trae a estas horas por acá a mi amigo don Canuto?

Este tuvo tiempo de recobrar un poco su sangre fría y contestó:

—Un gran dolor de muelas que no me deja descansar, es el que me obliga a buscar a usted. Me levanté desesperado, vi luz en su cuarto y he venido a pedirle algún remedio.

El *estudiante sonrió maliciosamente*, y se disponía a decir a don Canuto que procedería a sacarle las muelas, cuando Delgado vio en una de las esquinas del cuarto un objeto en que no se había fijado al entrar y que lo hizo estremecerse. Era un esqueleto en pie, medio cubierto con una como capa encarnada. El espanto de don Canuto creció al advertir que aquella osamenta humana levantaba un brazo y lo llamaba. Se puso a temblar de pies a cabeza y su horror llegó al colmo, al advertir que el esqueleto se movía lentamente hacia él. Socarra volvió la cara como horrorizado.

El esqueleto avanzaba. Don Canuto no se movía. Sentía como si tuviera un quintal de plomo en cada pie. Llegó hasta él aquella terrible imagen de la muerte y levantando los brazos, los dejó caer sobre los hombros de Delgado.

Dio un grito; hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y sacando fuerzas de flaqueza, echó a correr y no paró hasta su cuarto, donde se encerró bajo llave, pues le parecía que el esqueleto le pisaba los talones y que iba a repetir su espantosa caricia.

13

Sencilla explicación del esqueleto

Si don Canuto al salir del cuarto del estudiante se hubiera quedado un momento junto a la puerta, habría podido oír las mal comprimidas carcajadas con que la hermosa Gabriela y el estudiante Socarra celebraban el lance del esqueleto.

La explicación de aquel extraño caso es muy sencilla. El esqueleto estaba allí, porque servía a Socarra para sus estudios anatómicos. La especia de capa colorada que tenía en los hombros, era una carpeta que por capricho le había puesto aquel estudiante, capaz de jugar, no digo con un esqueleto, sino con el mismo diablo en carne y hueso, si lo hubiera a mano. Gabriela entró, y sintiendo que llegaba alguno, no encontró dónde esconderse sino tras el esqueleto, favoreciéndola *la capa colorada que pendía hacia* atrás. Cuando vio que el que entraba era Canuto, quiso hacerle una travesurilla, por una parte, y por otra obligarle a salir más que de prisa de la habitación. Hizo mover el brazo al esqueleto, y después, tomándolo en peso, avanzar hasta donde estaba Canuto, petrificado de espanto, y por último, que le dejara caer los brazos sobre los hombros.

Hemos visto que la burla le salió a las

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mil maravillas, pues Canuto no volvió en sí del susto, ni acertaba a explicarse cómo aquella mujer que él casi había visto entrar en el cuarto del estudiante, se convirtiera en la feísima figura que se había tomado con él tan desagradables libertades.

Pasó una noche cruel; peor mil veces que si en realidad hubiera tenido el dolor de muelas que inventara para justificar su extemporánea entrada en el cuarto de Socarra. Tomaba aquel abrazo de la muerte como anuncio de su próximo fin, y temblaba dentro de su chaqueta y sus pantalones charolados, que no se había quitado, echándose vestido en la cama.

El lance no alteró, sin embargo, su resolución de defender la caja con todas las fuerzas de su alma, ni la idea firme que tenía de que por ningún concepto podía convenirle el matrimonio con la coqueta y despilfarradora sobrina de la Malabrigo. Hizo saber, pues, a doña Tomasa, en términos explícitos, que ni se casaba ni pagaba, lo que dio lugar a una escena tremenda, que alborotó no sólo la casa, sino el barrio entero. La irritada matrona lo llenó de insultos, y él a todo respondía con la mayor calma: "Ni me caso, ni pago"; de lo que se daba al diablo la señora, que terminó la borrascosa conferencia anunciando a don Canuto que le presentaría acusación criminal.

Y cumplió su palabra. Comenzó el pleito, que amenazaba ser largo y ruidoso. Don Canuto, por no gastar en abogado, hacía por sí mismo sus escritos, que ya se deja entender cómo serían, siendo obra de quien no había estudiado más que gramática y algo de filosofía. Don Canuto hizo prodigios como médico; pero en aquella ocasión se acreditó de menos que mediano jurisconsulto.

En cambio, doña Tomasa se había puesto bajo la dirección del célebre Licenciado Matraca, que andaba enojado con don Canuto desde el lance de los pantalones, que le había hecho perder muchas de sus clientes. El rencoroso abogado aprovechó aquella oportunidad para castigar a su antiguo y poco honesto secretario.

Estirando un poco el artículo 295 del Código Penal, le hacía una acusación bastante grave, y cuando llegó el término probatorio, presentó Matraca ocho testigos (los huéspedes de doña Tomasa), que declararon unánimes haber encontrado de noche, y tarde, encerrados, en su cuarto y a oscuras, a don Canuto Delgado con la señorita Gabriela Malabrigo. Por más que hizo el acusado, no pudo desmentir a aquellos testigos, ni desvanecer el cargo; y si bien describía el lance tal cual había pasado, este dicho no estaba apoyado en prueba de ninguna especie. El negocio presentaba, pues, muy mal aspecto para don Canuto; tanto que él mismo, leyendo y releyendo el abultado expediente, llegó a convencerse de que estaba en grave peligro de que lo sentenciaron a pagar, si no la enorme suma (quince mil duros) en que había fijado Matraca la dote de la ofendida, al menos alguna cantidad que absorbiera todo su haber.

En aquel conflicto, el más grave de su vida, apeló Canuto a los recursos de su inventiva. Se propuso un plan, y lo abandonó; imaginó otro y lo dejó; combinó un tercero y tampoco le satisfizo; hasta que al fin, después de tanto pensar, llegó a fijarse en la más inesperada, la más extraña, la más osada, la más heroica de las resoluciones que hombre alguno en sus circunstancias pudo haber discurrido. Esta fue la de. . . , pero este capítulo de la novela va siendo ya bastante largo, y debo dejar para el siguiente la explicación de lo que resolvió hacer en aquel apuro don Canuto Delgado.

14

Un matrimonio de amor, apoyado en ocho razones de conveniencia

Los hombres grandes, los g e n i o s extraordinarios no obran en las situaciones difíciles como el común de los mortales. Sus resoluciones llevan siempre cierto sello de originalidad, y cuando no los salvan de los peligros (que esto suele depender del destino de cada uno), al menos hacen aparecer sus actos con un carácter de superoridad y elevación que excita el asombro de los presentes y el aplauso de los venideros.

Don Canuto, en el gravísimo apuro en que se hallaba, tomó una resolución digna de cualquiera de los hombres de Plutarco; una resolución que ha admirado a sus contemporáneos y que consigna la historia con la alabanza que se debe a los hechos heroicos. Esta resolución magnánima fue . la de casarse, no con la joven y hermosa Gabriela, sino con la vieja y fea doña Tomasa Malabrigo.

Las razones que, después de un maduro examen, lo decidieron a aceptar, a él, joven de poco más de veinte años, a una anciana que barbeaba en los setenta, fueron ocho, a saber:

1ª—Que casándose con doña Tomasa, se cortaría el pleito que ésta le había entablado y que llevaba trazas de terminar de una manera desastrosa para él, causándole la pérdida de su caudal.

2ª—Que viniendo la Malabrigo a ser su esposa, entraría a manejar los intereses de esta señora, que era más rica que él; pues la casa era suya y valía más de seis mil pesos.

3ª—No paaría los quince pesos que le co-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

braba por alquiler del cuarto en los tres meses que había estado ausente.

4ª—La Malabrigo no podía esperar muchos años, quizá ni muchos meses de vida. Es verdad que tenía dos hijos; pero contando con la influencia que su condición de marido le habría de proporcionar, esperaba que la buena señora lo nombraría tutor de los menores, lo que vendría a ser para el honrado don Canuto, lo mismo que nombrarlo heredero.

5ª—Sabía que doña Tomasa tenía ahorrados, cuando él le manejó sus cuentas, unos doscientos pesos. Calculaba que en los tres meses que había estado ausente, habría economizado otros cien, y contaba con que esa suma iría, desde luego, a su poder.

6ª—Se proponía introducir economías radicales en los gastos de la casa, pareciéndole excesivos los que hacían. Por la mañana daban a los huéspedes café con leche y dos platos. Debía suprimirse la leche y un plato. Al medio día, cuatro platos. Con tres bastaba. Por la noche, café con leche y dos platos. Ahorraría la leche y un plato. Haría, además, una tentativa de aumentar un poco las pensiones, alegando que todo está muy caro.

7ª—El mismo se alojaría y comería de balde.

En contra de estas siete razones, no había más que una: la edad de doña Tomasa. Pero de ésta se reía don Canuto, o mejor dicho, era la octava razón en favor del matrimonio proyectado. Si la novia fuera un poco menos vieja, se decía, la cosa sería mala; pero con cerca de setenta años, no había ni qué pensarlo. ¿Quién no carga con una anciana que tiene un pie en la sepultura, con tal de salvar su caudal y aumentarlo en otro tanto?

Hechas estas reflexiones, se decidió el profundo y sabio economista don Canuto Delgado, a pasar el Rubicón; esto es, a hacer a doña Tomasa Malabrigo la formal demanda de su blanca mano.

El que diga que el matrimonio que iba a contraer don Canuto, no era un matrimonio de amor, se engañará medio a medio. Cada uno ama lo que le acomoda. Delgado amaba el dinero, y por amor a él, iba a casarse con la que podía ser su abuela.

—Para luego es tarde, se dijo el avaro, cuando tuvo formada su resolución; y dirigiéndose al cuarto de su futura, entró decidido a declararle su atrevido pensamiento.

15

Don Canuto pasa el rubicón

Estaba doña Tomasa Malabrigo sentada en un sillón, con el pie izquierdo descalzo sobre una taburete y los anteojos puestos, ocupada en la interesante operación de atrapar, con una pelota de cera, las pulgas que anidaban por centenares en las costuras de sus medias.

Al ver entrar a su enemigo, a quien había despedido de su casa muchas veces, sin lograr que se fuera, se quedó la respetable matrona, como suele decirse, de una pieza. Asombrada de tanta desvergüenza, sin acordarse en qué estaba con el pie desnudo y el vestido levantado hasta media pierna, no se movió del sitio, hecha una estatua, con la media en la mano y recogiendo con la otra la indiscreta falda.

Don Canuto saludó, bajando los ojos modestamente para no ver las gracias de la señora de sus pensamientos. Esta, pasado el primer estupor que le causara aquella inesperada visita, se puso en pie, y siempre con la media en la mano, prorrumpió en un aguacero de injurias. No hubo vocablo insultante en el diccionario de la Academia y en el del mercado, que no lanzara a don Canuto, que recibió la descarga con la serenidad del verdadero filósofo, sin interrumpirla; y cuando la iracunda señora se hubo aliviado y agotado los insultos, le dijo con mucha calma:

—Vengo a proponer a usted un medio de que concluya ese condenado pleito que me ha puesto; que nos está costando a los dos un ojo de la cara y en el cual el único que saldrá ganando es ese lagarto de Matraca. Usted, mi buena señora, me ha puesto este dilema: o dote o matrimonio. Vengo a decir a usted, amable doña Tomasa, que me decido por lo segundo.

—¡Ah! —replicó la señora, comenzando a aplacarse—; se decide usted a casarse con mi sobrina. Eso ya es otra cosa. Usted ha reflexionado, ha oído el grito de su conciencia, y al fin está resuelto a reparar el mal que ha hecho a esa desdichada. Bien. Voy a llamarla, y no dudo que todo quedará arreglado ahora mismo.

—¿Qué va usted a hacer, mi querida Tomasita? ¿Quién le ha dicho a usted que quiero casarme con su sobrina?

—¿Cómo?, ¿cómo? —replicó la señora, sin acertar a comprender lo que aquello significaba—. ¿Que no quiere usted casarse? ¿Pues no me ha dicho usted muy claro que se decidía por el matrimonio? ¿Pretende usted acaso burlarse de mí?

—No, mi adorada Tomasita —dijo Canuto, hincando una rodilla en tierra—; lejos de querer burlarme, ofrezco a usted formalmente mi corazón, mi mano, mi caudal, y no me levantaré de este sitio, mientras usted no consienta en ser mi esposa.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿quién?, ¿a mí?, ¿yo?,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

¿usted? —exclamó doña Tomasa, estupefacta—. ¿Es verdad lo que escucho? ¿Habla usted de veras?

—Tan de veras —replicó el enamorado repentino—, que si usted consiente en ser mía, quiero que ahora mismo lo sepa la casa, el barrio, la ciudad entera. Procedamos a correr las diligencias, y para que en todo haya perfecta igualdad entre nosotros, usted correrá con los gastos del matrimonio religigoso y yo con los del civil.

Tan confundida estaba la setentona con aquel fortunón inesperado, que ni se fijó en lo ventajoso de la distribución de los gastos, pues el generoso don Canuto se reservaba lo que no costaba nada.

—Si usted habla seriamente —dijo doña Tomasa—, es otra cosa. Bueno es pensarlo.. Un amor tan repentino..., la diferencia de edades..., usted ve. , ¿qué dirán?

—¿Repentino, dice usted? Si desde que la ví, conocí que usted era la mujer según mi corazón. ¡Diferencia de edades! ¿Y qué son ocho o diez años, que será lo más que usted me llevará? ¡El qué dirán! ¿Y quién hace caso de las hablillas del vulgo? ¿De qué matrimonio no murmuran? Conque, decídase usted, y le prometo hacerla feliz.

—Pues si usted toma tanta determinación .., yo le advierto lo que debo advertirle. En verdad que solemos parecer más grandes de lo que somos .. Yo no le negaré a usted que desde que lo ví, sentí un no sé qué en el corazón; una cosa extraña, inexplicable, que si hubiera yo sido más joven, habría pensado que era amor.

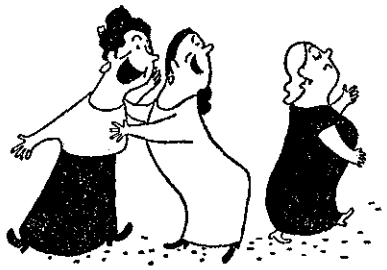
En este camino las cosas, fácil es considerar que la conferencia concluyó jurándose los dos amantes ser el uno para el otro, y salieron cada cual por su lado, a dar las disposiciones para el matrimonio. Don Canuto quería que la boda se celebrase con mucha sencillez, sin pompa ni fiesta alguna; pero doña Tomasa fue de contrario parecer. Dijo que esas cosas no se hacían más que una o dos veces en la vida, y que era justo que no pasaran como un hecho cualquiera. Tanto dijo la señora, ofreciendo, por otra parte, que el gasto corría de su cuenta, que al fin hubo de consentir don Canuto; pero con la precisa condición de que él había de encargarse de las compras de todo lo necesario para la fiesta.

—Como quieras, Canuto mío —dijo la tierna y enamorada novia—, y entregó al futuro cien pesos para los gastos, lo que no dejó de considerar éste en sus adentros como un gran despilfarro.

16

Preparativos para la boda

Doña Tomasa Malabrigo dió parte a toda la gente de su casa de que se disponía a tomar estado. La hermosa Gabriela recibió la noticia con una estrepitosa carcajada, lo cual parecía a la tía una gran descortesía de



la sobrina; pero se consoló de aquella burla con la reflexión de que había en ella su puntita de envidia. Los huéspedes dijeron a la patrona que les parecía resolución muy prudente, y cuando doña Tomasa volvió la espalda, imitaron a Gabriela en lo de las carcajadas. Las domésticas se rieron también a hurtadillas y declararon que su señora chocheaba. El vecindario comentó la gran noticia durante cuatro días; ridiculizó al novio y a la novia, y nadie dejaba de admirarse de que un hombre joven e inmensamente rico (pues esta idea se les había clavado en la cabeza), se casara, por más que fuese sucio y feo, con aquel Matusalén con faldas.

Llegaban estas hablillas a oídos de los novios; pero las escuchaban como quien oye llover y hacían sus preparativos para la boda. A fuerza de ruegos, logró doña Tomasa que don Canuto resolviera cambiar de traje para el día grande. Para esto lo que hizo fue que el último del mes se constituyó en una casa de préstamos y remató por veinte reales un pantalón de casimir que había sido de un azul oscuro, tan usado y descolorido, que ya no se sabía de qué color era, y una levita de antepenúltima moda, por la que dió cinco pesos y que se las apostaba en lo vieja y en lo traída, con los pantalones. Lo que no quiso comprar por nada fue sombrero; diciendo que con arreglar un poco el del tío clérigo, quedaría mejor que si fuese nuevo.

En seguida procedió el económico don Canuto a hacer las compras de comestibles y bebidas para la fiesta, que se compondría de almuerzo, comida y baile. Para el primero mandó hacer tres libras de chocolate con cacao de Guayaquil, azúcar mascabado y nada de canela, pues dijo que irritaba los intestinos. El pan, declaró que era mucho más saludable frío, porque el caliente producía indigestión, y compró baratos los rezagos de las panaderías. Para los tamales escogió dos gallinas flacas en el gallinero de doña Tomasa. La comida correspondió al almuerzo, y para darle algún aire de cosa de "extranjis", ajustó con los cocineros de dos hoteles que le vendieran las sobras del día anterior. Compró dos cajas de vino torcido, por mitad de precio, y así fue lo demás. Lo cierto es que haciendo cuentas del empleo de los cien duros que le había dado la señora, resultó que le sobraban cincuenta y cinco, de los cuales sacó lo necesario para las donas que debía regalar a la novia.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Consistían éstas en un viejo vestido verde, otro negro de lana y otro blanco de gasa muy ajada, para la ceremonia. Dos pañolones, uno amarillo bordado de colores, otro de tul negro y un chal de raso morado con flores de los matices más vistosos. Las alhajas eran tres anillos de oro tumbaga, un collar de perlas falsas, un camafeo, en el cual lo de la cama estaba muy demás y una peineta de hechura antigua de latón, con piedras que imitaban diamantes.

Tales eran las prendas con que dispuso el generoso don Canuto adornar a doña Tomasa, que lo recibió todo muy contenta y alabó el garbo y sobre todo el buen gusto de su novio. Hizo, por supuesto, el gasto del matrimonio religioso, y se quedó creyendo, o fingió creer que don Canuto hacía los del civil.

Asistieron a la fiesta unas ochenta o cien personas, pues doña Tomasa estaba bien relacionada. Pidieron prestado un piano, y tocando la guitarra uno de los huéspedes, se completó la orquesta.

Las jóvenes decían que don Canuto era un tonto, pues pudiendo haberse casado con la sobrina, que era muchacha y bonita, cargaba con aquella vieja horrible. Las viejas, por el contrario, opinaban que don Canuto había dado pruebas de ser hombre de juicio, prefiriendo una señora madura, arreglada y juiciosa, a una niña frívola, que Dios sabe qué dolores de cabeza le habría dado.

Doña Tomasa creía haber puesto pica en Flandes, pescando a los setenta un marido hombre de bien, muchacho, no feo, y cocido en pesos. Don Canuto, por su parte, no estaba menos satisfecho, creyendo hacer un magnífico negocio, pues se casaba con una mujer más rica que él, y tan vieja que no podía durar mucho. El uno y la otra consideraban aquel consorcio como una verdadera ganga. ¿Quién creemos acertaría? Contestaremos con lo que dice aquí la gente: "El corrido lo dirá".

17

Grave enfermedad de Don Canuto y revelación de un secreto

Don Canuto y doña Tomasa vieron levantarse su luna de miel en una atmósfera serena y despejada. Empero, tres días después de celebrado el matrimonio, una ligera nubecilla fue a interponerse entre el astro de los amores y los felices cónyuges. Sucedió que habiendo procedido el avaro a plantear su plan de economías, los huéspedes comenzaron a sentir hambre y calcularon que aquel régimen dietético acabaría con ellos antes de una semana. Amenazados de morir de inanición por una parte, y obligados por otra a aumentar las mesadas, no encontraron más arbitrio que irse de la casa. Y lo peor fue que algunos de ellos se olvidaron, al partir, de liquidar sus cuentas, con lo que perdió doña Tomasa más de lo que habría ganado en seis meses con las economías y con el aumento de las pensiones.

El único huésped que no se movió, resistiendo al hambre y conviniendo en pagar el recargo de la mensualidad, fue el estudiante de medicina. Sus razones tendría para ello.

Pero no fue ése el único quebranto que tuvo que sufrir Delgado en aquellos días. Una "ropera" a quien había dado cien pesos a usura, de la manera que él solía hacer esos negocios, se alzó, y el fiador que tenía se presentó también en quiebra, dejando a don Canuto sin la menor esperanza de cobrar aquella suma. Esta grave pérdida lo hizo renunciar a los negocios de banca. Al vencerse las obligaciones que tenía en la caja, las cobró, sin querer prorrogarlas, y juró no volver a dar un peso ni al "Sursumcorda".

Pero no fue aquello lo peor. En esta triste vida, un mal, como dice el proverbio, es bien venido cuando viene solo, y es muy raro que no se presente acompañado, o seguido inmediatamente de otros. Así fue que ya por el desagrado de aquellos quebrantos, ya por causas físicas desconocidas, don Canuto cayó enfermo, declarándose a los tres días de cama una peligrosísima y aguda pulmonía. Lo primero que hizo el avaro al sentirse malo, fue prohibir terminantemente a su esposa que llamase médico.

—Yo entiendo algo de medicina —dijo—; he ejercido la profesión, y sé lo que son esas cosas. Entre el doctor y la botica se irá en cuatro días lo que tenemos. Es necesario que obre la naturaleza. Para ayudarle, dénme unos sudores de "güisquil", y aplíquenme al costado, como cáustico, una hoja de "chichicaste", que eso no cuesta nada y adelante.

Fue necesario conformarse con la voluntad del enfermo. Por desgracia, la naturaleza, de quien aguardaba él su curación, parecía impotente para sobreponerse al mal, que hacía progresos alarmantes.

En aquella situación, el futuro Doctor Socarra, sea por un sentimiento de caridad, sea porque tuviese ya formado un plan que puso en práctica, ofreció a doña Tomasa sus servicios profesionales, advirtiendo que asistiría a don Canuto por amistad y sin que le costase un centavo.

Informado de esta generosa oferta, hubo de consentir Delgado en ponerse en manos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del estudiante, que entró en funciones desde luego, desplegando un celo, un esmero, un cuidado, que arrancaba lágrimas de gratitud a la buena de doña Tomasa.

Llamó Socarra como enfermera a la hermosa Gabriela, que se prestó con la mejor voluntad a asistir día y noche a su tío Canuto, como ella lo llamaba desde que se había casado con su tía.

Mas, a pesar del empeño del médico y del cuidado de la enfermera, el mal se prolongaba y parecía rebelde a los recursos de la ciencia. Doña Tomasa comenzó a cansarse de la asistencia del enfermo y poco a poco fue dejándolo entregado a Gabriela y a Socarra, que le inspiraban, por otra parte, la mayor confianza. Ellos lo asistían durante el día y lo velaban por la noche, mientras doña Tomasa descansaba. Más aún, aconsejaban a la señora que no empeorara la situación, exponiendo su salud; repitiéndole que harían sus veces con el mayor gusto, a la cabecera del enfermo.

La fiebre no disminuía. Don Canuto comenzó a delirar, lo que se conoció en que repetía a cada momento la palabra "Zape", y medio incorporado en la cama se volvía a la caja de hierro, que estaba a la cabecera. Parecía como si viera un gato que se acercaba al cofre, y lo espantara.

—¡Zape!; ¡zape! —repitió don Canuto durante toda la noche, ejecutando siempre aquella evolución significativa hacia la caja.

Socarra y Gabriela espiaban los menores movimientos del enfermo. Después de un largo rato, continuando el delirio y repitiendo siempre aquella palabra, dijo el estudiante a la joven en voz baja:

—¿Oyes? "Zape". Son cuatro letras. ¡Esa es la clave!

Un rayo de alegría diabólica iluminó el rostro de Gabriela quien poniendo el dedo índice sobre los labios, hizo seña a Socarra de que callara.

18

"Zape"

Pasó la noche sin que se advirtiera alteración alguna favorable en el estado del enfermo. Doña Tomasa fué a relevar a Gabriela y a Socarra. La joven se retiró a su cuarto a dormir un rato y el estudiante salió a la calle, diciendo que iba a consultar a uno de sus profesores sobre la enfermedad de don Canuto y que volvería pronto.

Usando de nuestro pleno derecho de historiadores, dejaremos al enfermo repitiendo "¡Zape!"; a doña Tomasa administrándole las medicinas y a Gabriela durmiendo tranquilamente, y seguiremos los pasos del Doctor Socarra.

En vez de encaminarse a la Escuela de Medicina, en busca del profesor a quien dijo se proponía consultar, se dirigió a una casa de diligencias y preguntó si podrían proporcionarle un carruaje de dos asientos para el puerto; bien entendido que había de estar listo aquella noche a las nueve, y cambiando caballos, debería llegar a Escuintla al siguiente día muy temprano.

Le contestaron que el precio lo hacía todo. Replicó Socarra que no reparaba en eso; que pidieran lo que quisieran, con tal de que el carruaje saliera aquella misma noche y llegara a Escuintla a la madrugada.

El propietario de las diligencias hizo sus cálculos y se dejó pedir ochenta duros por el coche.

—Es caro —contestó Socarra—; pero se pagarán; con tal de que se cumpla con las condiciones puestas.

Le ofrecieron que aquella noche, a las nueve en punto, estaría el carruaje a la puerta de doña Tomasa Malabrigo, y se despidió el estudiante.

Este por su lado, y la hermosa Gabriela por el suyo, estuvieron haciendo, con el mayor secreto, durante el día, ciertos preparativos, ocupando en esto los momentos que les dejaba libres la asistencia del enfermo.

Llegó la noche. Desde las siete se constituyeron el estudiante y la joven a la cabecera de don Canuto, que continuaba delirando y cuya fiebre no cedía. A las ocho obligaron a doña Tomasa a que fuese a descansar; Socarra le tomó el pulso y dijo que había un poco de calentura y que la señora debía meterse en la cama inmediatamente. Gabriela, que se había apoderado del gobierno de la casa, para ahorrar aquel cuidado a su tía, hizo que las criadas y los niños se acostaran también; de modo que poco antes de las nueve, todos dormían, menos los dos asistentes del enfermo. Luego que estuvieron solos, dijo Socarra a Gabriela:

—Quítale la llave.

Introdujo ésta la mano armada de unas tijeras pequeñas, bajo la camisa de don Canuto. Este sintió el movimiento, levantó la voz cuanto pudo y gritó: "¡Zape!"; pero no tuvo fuerzas para evitar que Gabriela cortara la cuerda de que pendía la llavecita de la caja, que como queda dicho, llevaba siempre al cuello.

Entregó la llave al estudiante, que se dirigía ya a la caja; pero en aquel momento se abrió la puerta del cuarto y se presentó doña Tomasa, envuelta en las colchas de la cama.

—¿Usted aquí, señora? —dijo el estudiante en tono severo—. ¡Qué imprudencia!

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

¿No estaba usted ya acostada? ¿Por qué se ha levantado?

—He oído —contestó la señora—, un gran grito, y temiendo alguna desgracia, he venido a ver qué sucedía.

—Pues ya usted ve que nada nuevo ocurre —replicó Socarra—. Don Canuto ha repetido en voz más fuerte esa palabra sin sentido, efecto del delirio, y nada más. Vaya usted pronto a acostarse, o no respondo de su vida.

En aquel momento el enfermo abrió desmesuradamente los ojos, paseó una mirada inquieta por el cuarto, y fijándose en el estudiante y en la moza, los señalaba con el dedo, y con aire espantado repetía:

—¡Zape! ¡Zape!

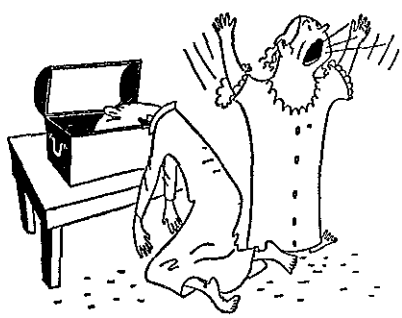
Socarra le tomó el pulso; advirtió que el mal hacía crisis, y casi a empellones obligó a la señora a salir del cuarto.

—No podemos perder un minuto —dijo—, luego que estuvieron solos. Se puso de rodillas delante de la caja y comenzó a hacer jugar en el candado el alfabeto de la cerradura. Puso la letra Z, luego la A, después la P, y por último la E. Aplicó la llavecita y se abrió la caja. Gabriela y Socarra sonrieron con expresión satánica, se apoderaron del contenido del cofre-fuerte, sin perdonar ni aun el cubierto de plata, y dejaron caer la tapa, sin echar la llave. En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que paraba en la puerta.

Hicieron dos líos del dinero; uno mayor y más pesado, con el cual cargó Socarra, y otro ligero, que llevó Gabriela. Cerraron la puerta del cuarto del enfermo; abrieron con cuidado la de la casa que daba a la calle; acomodaron el tesoro en la caja del asiento del coche; el conductor sacudió un par de latigazos a los dos primeros caballos de los cuatro que tiraban del carruaje, y partieron.

19

En el cuarto del enfermo



El proyecto de robar la caja de don Canuto Delgado, fue obra de la imaginación del estudiante Juan Socarra. Andaba desde muchos días antes buscando la manera de asegurar el golpe, y sus planes escollaban siempre ante la dificultad de averiguar la palabra que encerraba el secreto de la cerradura. Había observado que las letras eran cuatro, pero el trabajo estaba en dar con ellas.

Hemos visto cómo la fiebre y el delirio vinieron a servir a los perversos designios de aquel mozo sin escrúpulos, y cómo las demás circunstancias fueron combinándose naturalmente y de tal manera, que pudo llevar a cabo su mal designio.

Advirtiendo la insistencia con que repetía el enfermo la palabra "Zape", y el movimiento que hacía con dirección a la caja, comprendió Socarra que aquello algo significaba. Esa palabra debía ser la expresión de una idea que preocupaba vivamente al enfermo; y por una inducción lógica, adivinó fácilmente que en el delirio se escapaba a don Canuto lo que tenía encerrado en el fondo del alma, lo que constituía la clave de su secreto.

Gabriela entró en el plan de robar al desdichado avaro, y ya hemos visto cómo aquellos dos jóvenes descorazonados ejecutaron el hurto y se marcharon, dejando al enfermo solo y atravesando una peligrosísima crisis.

Mientras ellos corren a escape camino de Escuintla, a tomar el vapor que debe llevarlos fuera del país, con el fruto de su rapiña, constituyámonos en el cuarto del enfermo y veamos lo que allí pasa, después de la fuga de los que lo asistían.

Desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana del siguiente día, luchó Delgado con la fiebre, y al fin, por una de esas evoluciones que son el secreto de la naturaleza, triunfó ésta del mal, que comenzó a ceder. Disminuyó la calentura y la inteligencia empezó a despejarse, como se despeja la atmósfera, dejando penetrar al través de pardas y espesas nubes un rayo de sol, después de un prolongado y recio temporal.

Comenzó el enfermo a tener conciencia de su situación. Abrió los ojos y buscó en derredor, a ver si había alguna persona, pero no vio a nadie. En seguida hizo un penoso esfuerzo par levantar la mano y llevándola al cuello, buscó allí alguna cosa. Encontró la cuerda. Fue bajando la mano y como no hallaba lo que buscaba, continuó bajándola lentamente, pues sus escasas fuerzas no daban lugar a un movimiento rápido. Por último, tocó el cabo del cordel; tiró y apareció éste, cortado, en su mano. Don Canuto lanzó un grito, que no obstante la debilidad en que estaba, fue bastante fuerte para llegar a oídos de doña Tomasa, que estaba levantándose. Al oírlo, corrió a medio vestir a la habitación de su marido y tembló al ver la expresión de terror que presentaba la fisonomía de don Canuto.

—¡La llave!! —gritó éste—; ¿dónde está la llave?

Doña Tomasa creyó que continuaba el delirio, y sin contestarle trató de volverlo a acostar, pues estaba medio incorporado en la cama. Don Canuto agarró por el puño a doña Tomasa y sacudiéndola con una fuerza

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de que nadie le hubiera creído capaz en su situación, volvió a exclamar con acento desesperado:

—¡Desdichada! ¿Dónde está la llave de la caja? ¡Me han robado!

Entonces comprendió la señora que aquello no era obra del delirio; volvió a ver la caja y advirtiendo que estaba sin llave, la abrió, y al ver que no había nada, se puso pálida como un cadáver.

—¡Nos han robado!! —gritó—. Gabriela, Socarra, ¿dónde estarán? Han salido del cuarto y alguno ha aprovechado el momento para hacer esta maldad.

Don Canuto al oír esto, se arrojó fuera de la cama, metió las manos dentro de la caja, y encontrándola vacía, cayó sin sentido con la cabeza adentro.

A los gritos de doña Tomasa acudieron las criadas y las gentes de las vecindades, que creyeron había expirado el enfermo. Lo levantaron, le hicieron respirar éter y recobró el conocimiento; pero más le valiera haber pasado de aquel desmayo a la eternidad.

—¡Zape! —dijo, y lanzó una carcajada que horrorizó a todos los presentes—. ¡Zape!, hermosa Gabriela, —añadió—; ¡Zape!, amigo Socarra. ¿Han visto ustedes a Rajacuero? ¡Cuidado con los ladrones de la montaña de Honduras! Ja, ja, ja, —volvió a carcajearse, mientras dos gruesas lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Está loco, está loco —dijeron los presentes; y era la verdad. La razón del desdichado avaro, no pudiendo resistir a aquel golpe, había zozobrado.

20

Epístola de la hermosa Gabriela

Mandó doña Tomasa que llamaran a su sobrina y al médico que asistía al enfermo, para participarles los dolorosos acontecimientos; pero nadie pudo dar con los dos jóvenes por ninguna parte. Encontrando que de sus respectivas habitaciones faltaban la ropa y demás objetos de tal cual valor, surgió al momento en todas las imaginaciones la idea de una fuga, que naturalmente se consideró conexa con el robo de la caja. Doña Tomasa veía y no podía creer tanta maldad de parte de su sobrina. Pasó el día en la mayor ansiedad, y por la noche recibió una carta timbrada en el puerto de San José, la que disipó sus últimar ilusiones. Voy a reproducir ese documento, para edificación de mis lectores. No tenía fecha, lo que no me choca, pues parece que el bello sexo no acostumbra fechar sus cartas. Decía así:

Mi querida tía Tomasa:

Cuando usted reciba ésta, Juan y yo iremos muy lejos. Vamos a casarnos a Nicaragua, contando con que usted no me negará su permiso y me dará su bendición.

A mi marido y a mí nos pareció justo y conveniente tomarnos lo que tenía mi tío Canuto (que ha resultado muy poco, cinco mil pesos), porque usted recordará que me dijo que debía darme diez mil por lo del cuarto, y así lo habíamos convenido antes de que me entrara. No hago más, pues, que coger lo que es muy mío, y todavía me quedan ustedes debiendo otros cinco mil, que no dudo me pagarán, si alguna vez mejoran de fortuna.

Adiós, querida tía; mil cosas a mi tío Canuto, si está vivo; pues Juan dice que quedaba en un "cris" muy peligroso. Usted cuídese y no olvide a su sobrina que la ama y verla desea.

GABRIELA MALABRIGO
DE SOCARRA

Posdata.—Dice Juan que le regala el esqueleto y que desea lo disfrute usted muchos años.

Doña Tomasa estrujó aquella carta (que recogió un vecino, que me la ha proporcionado), y llorando de rabia decía:

—Eso es, el esqueleto; ellos se llevan la carne y a mí me dejan el hueso.

21

Conclusión

Don Canuto Delgado fué conducido al hospital, pues doña Tomasa dijo que ella no estaba en edad ni en situación de cuidar locos. Volvió a llamar a sus huéspedes, y algunos han ocurrido, no pudiendo temer ya que los mate de hambre el marido de la patrona.

En cuanto al estudiante Socarra y a la hermosa Gabriela, supongo que no pueden ser muy felices, y que tarde o temprano llevarán la recompensa de su mala acción. Si alguna vez tuviese yo noticia de ellos, no dejaré de comunicarla a mis lectores.

Y aquí concluye la verídica y galopante

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

historia del Esclavo de don Dinero; que si no me equivoco, nos enseña, con las aventuras y triste fin de don Canuto Delgado, los graves inconvenientes de poner el alma y el cuerpo, como él lo hizo, al servicio de tal amo.

TIO CLIMAS EN LA FERIA

1

El camino de la feria

¡Bendito sea el que inventó las ferias! Eso de reunirse en un estrecho espacio de terreno un número de bípedos racionales y de cuadrúpedos irracionales cuatro o cinco veces mayor del que podría contener cómodamente; asolearse, tragar polvo, exponerse uno a que le empujen y atropellen; ensordecerse con el ruido de coches y diligencias y con el que producen los herrados cascos de los caballos sobre las piedras del pavimento; todo para ver y ser visto durante algunas horas, o para comprar algunos novillos y muletos por la tercera parte más de lo que valen, no hay duda que merece la pena de sacar de sus casillas a una población tan quieta y tan costumbrera como la de nuestra querida Guatemala.

Pero como en este mundo cada cual se divierte como le acomoda y "sobre gustos —según dicen— no hay nada escrito", sucede que las dos terceras partes, poco más o menos, de la población quieren ir todos los años a emborracharse en la confusión de la feria. Y no sólo van los habitantes de la ciudad, sino que muchos, aun de puntos lejanos, hacen viaje especial para concurrir a Jocotenango en esos días.

Confieso que también yo, partiendo del remoto Oriente, como los reyes magos, he venido a la feria, no para comprar ni vender, pues no soy comerciante; no para que me vean, pues en ello no ganaría gran cosa, sino para ver, oír y no callar.

Acabando de bajar la cuesta de Pinula, me alcanzó una numerosa partida de grandes mamíferos de la raza bovina, dentro de la cual me encontré envuelto, sin que pudiera mi mula tomar su paso acostumbrado. A la cabeza del rebaño venía un robusto campesino, que levantando un cuerno a la boca, de tiempo en tiempo, para guiar el ganado, hacía despertar con sonoras voces del rústico instrumento, los dormidos ecos de aquellas soledades. Tres o cuatro mozos armados de fuertes látigos, gobernaban la tropa indisciplinada, que obedecía, más que al reclamo de la trompeta, a los gritos y a las amenazas de los arreadores. Cerraba la marcha el propietario del rebaño, a quien no pude conocer desde luego, por las nubes de polvo que los cascos de los animales levantaban. Disipada un momento la espesa polvareda, reconocí en el dueño de la partida a un vecino, un amigo, y me paré a aguardarlo.

Don Clímaco del Cacho es un hombre que frisa en los sesenta, de complexión recia, enjuto de carnes, moreno de rostro, todo él músculos y nervios, individuo capaz de provocar la admiración del más exigente fisiólogo, o de tentar a un artista que quisiera trasladar al lienzo el acabado tipo de un pequeño propietario de nuestras montañas del Oriente.

De varios modos han tratado de descomponer las gentes el nombre de don Clímaco, pero la contracción que más se ha generalizado es la de Climas, que con el agregado de "tío", que los diplomáticos campesinos de la vecindad han escogido como un término medio entre el "don" y el "ño".

Al lado de don Clímaco venía la niña Brígida, su costilla, casi de la misma edad que su marido, tan envuelta en carnes como él es seco, y con el apéndice de un mediano güegüecho, que la avara naturaleza no tuvo a bien conceder al cuello del consorte. Después de saludarlos cortésmente, les hice por costumbre las preguntas obligadas, de a dónde iban y de dónde venían.

—Venimos del "Purgatorio" —me contestó don Clímaco, con un acento hueco, más propio, en efecto, de una alma de la otra vida, que no de este mundo— y vamos a la feria.

"El Purgatorio" es el nombre de la propiedad de don Clímaco, situada a dos leguas de mi residencia.

—¿Nunca ha arreado usted novillos, vecino? —me preguntó el propietario.

—No, don Clímaco —le contesté— por desgracia; pues probablemente más cuenta me habría tenido ocuparme en eso que en otras cosas.

—¡Cuenta! —dijo don Climas, lanzándome una mirada feroz. —¿Y le parece a usted que yo me voy a engordar la bolsa con este maldito trato! Comprar los animales a diez y doce pesos, para venir a dar lo grande a veintiocho y lo chico a veintitrés, con plazo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

para el agosto; ¿eso dice usted que tiene cuenta? ¿Y dos toros muy galanes que se me ahogaron en una ciénaga por la Ceibita? ¿Y cuatro novillos sinvergüenzas que se me huyeron al día siguiente de haber salido del "Purgatorio"? ¿Y pagar cada noche, a los dueños de haciendas por donde uno pasa a real por diez cabezas, como si los caminos no fueran de la nación? Le digo, vecino, que no sé cómo no se me ha pegado una fiebre con tantas cóleras, y me quito el nombre si me vuelvo a meter en negocios de cachos.

—Eso mismo estás diciendo hace cinco años y siempre volvés, —dijo la niña Brígida con esa voz peculiar de las personas que padecen del mal de que ella adolecía en la garganta.

—Pero ahora —replicó don Clímaco— he venido por traerte a que conozcás la ciudad y veás la feria, y nada más.

La señora movió la cabeza, como si dudara del desinterés y la galantería de su marido. Llegamos en eso a las inmediaciones de la ciudad. Mi amigo se dirigió con su ganado a un potrero donde lo aguardaba el que le había comprado la partida, y yo aguijé mi mula, despidiéndome de mis vecinos.

—En el mesón de San Agustín nos tiene para lo que nos mande —dijo don Clímaco—, y echó a correr después de dos novillos que, saliéndose de la partida, amenazaban con seguir el ejemplo de los sinvergüenzas que se habían largado a las montañas.

2

Brígida se pierde

El 29 de Noviembre, a las cinco de la tarde, cansado de recorrer los diversos puntos de Jocotenango, fuí a tomar asiento en uno de los bancos contiguos a la plaza, para ver pasar a la muchedumbre.

No haría un cuarto de hora que me divertía en contar los carruajes, cuando oí que me llamaban por mi nombre. Busqué entre la multitud al dueño de aquella voz, que no me era desconocida, y pronto descubrí a mi amigo, don Clímaco, que me preguntó, con aire inquieto, si por casualidad no había yo visto a su mujer. A mi respuesta negativa, replicó el campesino:

—Las mujeres son como las mulas; lo que ellas quieren y nada más. "Guatemala", le dije a ella, "no es el "Purgatorio"; aquí se pierde uno en un abrir y cerrar de ojos; y más en la feria, con tanta gente, tantos carruajes y tantos animales". No me hizo caso; se apartó de mí junto al "hipógromo", mientras yo estaba comprando este mico —y me señalaba uno que llevaba prendido en el ojal de la chaqueta— "dicho y hecho", se perdió.

—Pero conocerá el mesón —le respondí— y se dirigirá allá fácilmente.

—¡Qué ha de conocer! —contestó mi vecino— ni del nombre se acuerda. Pero, déjela que aparezca y verá usted cómo no vuelve a perderse.

Diciendo así y renunciando a buscar a su perdida mitad, don Clímaco apartó, un poco bruscamente, a una persona que estaba a mi lado, y se sentó.

—¿Qué le han parecido a usted las carreras? —le dije.

—¡Ay!— me contestó— con perdón de usted y de los santos caballos que corren bien; pero lo que no me cuadra es esa "cacha" en que han dado los españoles de hacer que estén los pobres animales dando vuelta y vuelta y vuelta en aquella ruedota, hasta que se cansan. Si quieren divertirse, ¿por qué no cuelgan un pato y lo corren ellos mismos, a ver quién le arranca la cabeza?

—Pero ésa, —dije yo— es una diversión un poco bárbara, que no estaría bien en la ciudad.

—Será lo que usted quiera —replicó don Clímaco— pero allí sí se lucen los que saben andar a caballo. O si no quieren pato, ¿por qué no corren en el llano, o en las calles, en lugar de dar esas vueltas por el "hipógrafo" que no sé cómo no se les atarantan las cabezas a los "patojos" que van en los caballos?

Al decir esto, mi amigo se puso en pie y lanzándose sobre una mujer de pañolón amarillo yema de huevo y enagua carmesí, que acababa de pasar delante de nosotros, le dió un tirón tan fuerte, que por poco no dió con ella en tierra.

—Brig... —exclamó don Climas, y como a ese tiempo la del pañolón amarillo volvió la cara para ver quién le daba semejante tirón, conoció que se había equivocado y dijo:

—Dispense, chata; pensé que era mi mujer. Un diablo se parece a otro. ¿No me la ha visto por "hay". Son idénticas; hasta en lo regordito de la gargan...

No acabó mi vecino de pronunciar la frase, pues la irritada matrona le lanzó un aguacero de injurias, en las que "guanaco", animal de monte, salvajón, bestia y otras semejantes, fueron las más pulidas.

El pobre don Clímaco volvió a sentarse un poco amostazado y se propuso no volver a "jalar" a otra mujer, aunque viera que fuese la suya propia, en carne y hueso.

En aquel momento pasó un coche tirado por dos hermosos caballos negros, que llamaron la atención del hacendado, y me dijo:

—Con perdón de Dios y de usted, ¿esos caballos de dónde son?

—Vinieron de California —le contesté.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

—¿Por dónde queda esa hacienda? —me preguntó.

—No es hacienda —le dije— sino un país distante; y para venir de allá, es necesario embarcarse.

—Entonces —replicó mi amigo— esos caballos vienen de la otra isla.

Como sé que los campesinos emplean esa frase para designar Europa, comprendí lo que quería decirme y le contesté que no venían de la otra isla, sino de un punto más cercano.

—Y, ¿cómo vinieron? —dijo él.

—Por el vapor.

—Eso sí que no me lo hace usted tragar, vecino, aunque me mate. Que vengan caballos en "napor", cuénteselo a otro. ¿No sabré yo lo que es "napor"? ¿No lo habré visto salir de la olla de los frijoles cuando se están "cueciendo"?

—Pues ese mismo vapor —le dije yo— que usted ha visto salir de la olla, u otro semejante, es el que ha hecho venir aquí esos caballos y muchas cosas más.

Pero advirtiendo por el aire de incredulidad con que me escuchaba, que sería inútil entrar en más detalles, puse punto final a las explicaciones.

—Y, ¿no sabe usted, vecino —me preguntó don Clímaco— si venderán esos caballos? Yo me arriesgaba a dar un par de chorros de cien pesos por ellos.

—Si diera usted dos mil —le contesté— acaso se los venderían.

—Dos mil palos les diera yo —exclamó mi vecino enojado. —El mejor caballo no vale más de cien pesos, entre dos amigos. Con dos mil compraba yo... a ver (y se puso a contar con los dedos). Doscientos novillos que trayéndolos a la feria de Agosto, por lo menos redoblaba el "pisto". ¡Dos mil pesos! —repetía—, estas gentes creen que porque uno es de fuera, se deja meter el dedo en la boca, así no más.

—No creo —le repliqué— tenga el dueño necesidad de venderlos. Puede usted, pues, amigo don Clímaco, estar tranquilo y divertirse, sin pensar en los caballos.

Calmado con esto mi vecino, se puso a observar la concurrencia. Lo veía todo con la curiosidad de un niño, y de vez en cuando tiraba la cuerda al mono que llevaba en el ojal, con no poco entretenimiento de los paseantes.

—Vea usted, vecino —me decía— señalando a las damas que pasaban a pie o en carruaje. —¡Qué "chapinas" éstas! Si más parecen ángeles de los que sacan en las andas. Hasta en las colas son iguales.

—Y en lo demás también, —le contesté.

—Ahora que no nos oye la Brígida —añadió— le digo a usted, vecino, que si yo enviudara, o si pudiera uno casarse con dos, me llevaba una de esas "chancletudas" al "Purgatorio".

—Y, ¿cuál de todas —le pregunté— elegiría usted?

—Allí entraba el aprieto —dijo él— porque no quisiera quedarme sin ninguna. Lo que haría para no errar, era decir "sexta ballesta", o que me taparan los ojos como cuando juegan "gallina ciega", y me casaba con la que agarrara.

3

Nueva invitación

Era ya tarde. Propuse a mi amigo que nos retiráramos, y habiendo convenido, nos dirigimos a la ciudad, abriéndonos camino con trabajo y al través de la masa compacta de los concurrentes. Al llegar junto a uno de los arcos que habían colocado en los extremos del paseo, observé que mi vecino se empeñaba en no pasar bajo el armazón de madera y lienzo pintado.

—Pasemos por aquí —le dije— tratando de hacerlo pasar bajo el arco.

—Por bobo —me contestó— que pase otro. Ese animal está en el aire, y si se cae al tiempo que yo pase, no quedo ni para polvos.

Había creído que el arco era de mampostería y no pude hacer que pasara debajo. Entraba ya la noche. Acompañé a don Clímaco hasta el mesón, donde se informó de la señora Brígida y supo que no había llegado.

—No se ha de perder —dijo mi amigo. Prenda con boca no la quiere nadie, y se metió en su cuarto.

—Mañana —le dije— estará Jocotenango tal vez más concurrido que hoy. ¿Quiere usted que vayamos?

—¡Cómo no! —me contestó. —Pase usted por nosotros y verá lo que hago con mi mujer para que no vuelva a perderse.

Me propuse no faltar, pues había comenzado a tomar gusto por las rarezas de aquel hombre original, y me despedí de él hasta el día siguiente.

4

La feria otra vez

Fiel a mi promesa, pasé el martes 30 a las 10 de la mañana, al mesón de San Agustín y encontré a don Clímaco de Cacho con el vestido de los días grandes. Se había puesto una especie de saco o chaquetón de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pana verde con botones de metal, un chaleco de la misma tela y pantalones ídem; todo ello tan viejo, tan extrañamente cortado y tan raído, que juzgué debían ser aquellas prendas bienes abolengos, transmitidos de padres a hijos, durante tres o cuatro generaciones. Por lo demás, nada de corbata, ni medias, ni tirantes, ni otros objetos que ha inventado la moderna civilización. Las "cutarras" que no usa sino cuando baja al pueblo, eran la única protección de aquellos pies, más habituados a caminar libremente por el campo que no oprimidos y angustiados, sobre el desigual y nada cómodo pavimento con que dotó a la capital el Presidente Estachería.

Hacía apenas dos horas que había llegado la señora Brígida, que después de andar perdida toda la tarde, preguntando por su marido, como don Clímaco inquiría por su mujer, fue recogida y hospedada, entrada ya la noche, por una caritativa familia del barrio de San Sebastián. La pobre mujer daba muestras de haber llorado, y como alcancé a ver por allí cerca uno de los látigos de los mozos que arreaban a los novillos, me reveló aquel instrumento la crueldad del colérico don Clímaco.

La señora estaba hecha un pimpollo; puestas ya las enaguas de merino carmesí, adornadas con trencilla verde y echado sobre los hombros el pañolón amarillo yema de huevo, bordado con sedas de los siete colores del arco iris.

Al llegar a la puerta del mesón, don Clímaco sacó de una de las hondas bolsas del chaquetón un lazo de a medio real, y atándolo fuertemente a la cintura de la dama, le dijo:

—Camine; a ver si ahora se pierde.

La pobre mujer, que no había olvidado probablemente el látigo del arreador, echó a andar sin decir palabra, caminando a corta distancia don Clímaco del Cacho, que llevaba la cuerda por un cabo.

Puede considerarse que aquel hombre, que conducía a una mujer como si fuera perro de ciego, provocaría la hilaridad y las bromas de los que advirtieron el incidente. Atravesamos así la calle principal que conduce a la plaza.

—Vea usted, vecino —me dijo don Clímaco— todo lo que hay aquí me parece muy galán, menos estos árboles que son más viejos que mi abuela. Si usted tiene que ver con los señores del Juzgado, dígales que, si quieren, yo les despacharé cuatro docenas de maquilisguates para que los siembren y quiten esta vejestoria.

—Muy bueno sería —le contesté— aunque dudo que se aclimatarían. Pero si no ésos, muchos hay que pudieran sustituir con ventajas a los viejos y carcomidos árboles de este paseo. Justo es decir que no se ha hecho poco para embellecerlo, y natural esperar que vaya completándose su ornamentación. Vea usted esas hermosas calzadas que conducen al hipódromo, esos kioscos que adornan la plaza, ese carrusel para que se diviertan los niños, esos asientos para comodidad del público, y conténtese con lo que hay, mientras puede ir haciéndose lo que falta.

Entretenidos en esta conversación, llegamos al campo donde se ha construido el hipódromo, que yo no conocía por haber vivido fuera de la capital durante algunos años. El sitio me pareció bien elegido. El panorama que lo rodea es digno de nuestra espléndida naturaleza intertropical. Veía prolongarse delante de mí la extensa llanura, sobre la cual el otoño tendía su manto de amarillo matizado de vez en cuando con los verdes tintes de la vegetación, que no ha muerto por completo todavía. Al Noreste un espeso bosquecillo y una de esas profundas cavidades que las corrientes han ido formando con el transcurso de los siglos. Más hacia el Norte, colinas siempre verdes, y tras ellas las caprichosas siluetas de las montañas, más azules cuanto más distantes. Se prolongan en no interrumpida cadena, hacia el Occidente, cerrando el vasto semicírculo que la vista alcanza a distinguir por la parte Sur, las altas crestas de los volcanes de la Antigua y de Pacaya. Un cielo puro, donde el sol resplandece en toda su magnificencia, extiende su inmenso pabellón sobre ese panorama, que el más hábil pintor no acertaría a reproducir sino débilmente.

Esto es lo que ha hecho la naturaleza. En cuanto a lo que se debe a la mano del hombre, vi con gusto el circo para las carreras, de unas setecientas cincuenta varas de extensión, los bonitos pabellones que se han construido para los espectadores, el kiosco para la música, el palco de los jueces, los salones de tiro, etcétera.

—No hay duda —dijo don Clímaco—, que todo está muy bueno, y lo único que no me pesa es que hayan hecho el "opóbromo" en figura redonda y no a lo largo.

—¿Cómo decís que se llama? —preguntó la señora Brígida.

—"Porógromo", mujer —le contestó don Clímaco, que no acertaba a pronunciar la palabra dos veces del mismo modo.

—Y, ¿para qué le pondrían ese nombre inglés, tan enredado?

—No es inglés, sino griego —dije yo.

—Peor está que estaba —replicaba tío Climas—. La derecha hubiera sido ponerle plaza de caballos así como hay plaza de toros, o de cualquier otro modo no tan difícil.

Mientras nos ocupábamos mis amigos y yo en aquella cuestión filológica, los propietarios de los caballos que debían correr se

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ocupaban en combinar una carrera. Se cruzaban las apuestas, preparándose los jockeys o jinetes, y estaban inscritos cinco caballos para la próxima pareja. Nos acercamos a examinarlos. Don Clímaco vio muy despacio dos californianos que iban a correr, y movió la cabeza de una manera significativa.

—Muy galanes son los ingleses —dijo— pero pierden.

Consideré aquel juicio de mi amigo como efecto del espíritu de localismo, y le contesté:

—Pues yo pongo por uno de esos que usted llama ingleses—; y en efecto, aposté cinco pesos por un alazán californiano.

—Vecino, —me dijo don Clímaco— ¿en cuántos "credos" corren los caballos la rueda del "bicógromo"?

—Aquí —le contesté— el tiempo no se mide por "credos", sino por segundos—; y sacando mi reloj, añadí: —vamos a ver lo que tarda la carrera.

—A mí para nada me sirve ese animalito —replicó mi amigo. —Voy a contar uno, dos, tres, cuatro, cinco y así para adelante. Desde que salgan hasta que lleguen.

—¿Hay quién quiere apostar al Gamo? —dijo una voz—; yo voy contra él.

—¿Quién es Gamo? —preguntó mi vecino.

—Ese caballito retintillo cerezo, del país, que va a tomar parte en la carrera.

—¿En el que está montado el "patojo" de chaqueta y montera colorada?

—El mismo.

—Pues a ése sí que apuesto yo un peso —dijo mi vecino—, y sacó un pañuelo de algodón en que llevaba atadas unas cuantas monedas.

—Convenido —respondió el que había promovido la apuesta.

—Pues, "casémonos" —replicó don Clímaco.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el otro.

—Que saque la plata y que se la demos a mi vecino para que la guarde junto con la mía.

Advirtiendo que el sujeto comenzaba a enfadarse con aquella desconfianza de mi hombre, le dije que la precaución era innecesaria, y que yo le respondía por el peso.

—¿Se obliga usted —me dijo— con todos sus bienes habidos y por haber, "apotecando" al animalito que tiene en la bolsa?

—Me obligo.

5

La carrera de caballos

En aquel momento los caballos ocuparon sus puestos. La ansiedad, hija más del amor propio que del interés, se revelaba en los semblantes de sus propietarios. Sonó la campana y partieron, guardando el más profundo silenco la numerosa concurrencia que rodeaba el circo. Mi amigo lanzó un agudo y largo silbido y comenzó a comenzó a animar con sus gritos al retintillo, siguiendo los diferentes sucesos de la carrera con tal inquietud, como si fuera en ella todo el valor de sus trescientos novillos.

—¡Qué viva el Gamo! —gritó de repente. —Perdió el inglés, a ver mi peso.

Era así, en efecto. El caballo del país había llegado el primero a la raya.

El individuo que apostó con mi vecino sacó un billete de su cartera y lo alargó a don Clímaco, sin decir palabra.

Mi amigo lo miró con sorpresa y le dijo:

—¿Y ésto qué es? Pisto quiero yo y no papel sucio.

—Pero si es un billete de banco —respondió el otro.

—Y, ¿para qué diablos —dijo don Clímaco— quiero yo banco de papel? Yo nunca he necesitado de esos instrumentos para..

Una carcajada del dueño del billete, a la que hicieron coro unos cuantos individuos a quienes habían atraído los gritos y contorsiones de mi amigo, cortó muy a tiempo la frase, demasiado naturalista que iba a soltar don Climas.

El sujeto sacó una moneda de ocho reales y la entregó al campesino, que la examinó por ambas caras, y viendo una piedra ahí cerca, levantó en alto el duro y lo dejó caer, para asegurarse por el sonido de que no era falso.

6

El aguardiente

Eran las tres y media. El ejercicio nos había despertado el apetito, y habiendo propuesto a mi amigo y a su esposa que comiéramos en el restaurant y aceptado ellos la invitación, diez minutos después nos colocamos delante de una mesa bien provista de platos y botellas.

Ahorraré a mis lectores la relación de las excentricidades que tío Climas dijo e hizo durante la comida; pero estoy obligado a decir, como historiador verídico, que el vino fue abundante y que muy pronto subió la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

parte alcohólica que contenía, del estómago al cerebro de mi amigo. No diré que estuviera borracho; estaba alegre y nada más.

Salimos y nos metimos entre la multitud de los paseantes, llevando siempre don Clímaco la punta de la cuerda con que iba atada la señora Brígida.

En la calle que de Jocotenango va a San Sebastián advertí que la mujer de mi amigo caminaba delante de mí y que la cuerda arrastraba por el suelo. Me volví a uno y otro lado para ver qué había sido del tío Clímas; pero ni su sombra. Lo buscamos por todas partes sin dar con él, hasta que, cansados ya, nos sentamos en uno de los sofás de la plazuela con la esperanza de que al fin aparecería.

Fue así, efectivamente. Como una hora después, vi llegar a don Clímaco, pero ¡en qué estado, oh cielos! Venía dando tumbos a uno y otro lado como un buque en el mar agitado por la borrasca. Había perdido el chaquetón verde y una de las cutarras. Al vernos, quiso, en un arranque de ternura conyugal, abrazar a la niña Brígida, que esquivó la caricia extemporánea, dándole al consorte un empellón que estuvo a punto de hacerle comprar terreno en la plazuela.

—¿Conque ahora vos fuiste el perdido? —dijo la niña Brígida. —¡Lástima que no tenga yo aquí el chicote de arreador, para ajustarte las cuentas. Vamonós; y para que no volvás a perderte, voy a hacer con vos lo que hiciste con yo.

Diciendo esto, se quitó la cuerda y la ató à la cintura de don Clímaco, que estaba incapaz de hacer la menor resistencia; tal había puesto al desventurado una perversa botella de aguardiente del país que acababa de consumir en un estanco.

Acompañé a mis vecinos hasta el mesón y tomando en peso al ebrio entre la señora y yo, dimos con él en la cama, donde no tardó en dormirse, tartamudeando en sueños, no sé qué de apuestas, de banco, de Gamo, de parejas y otras cosas que danzaban en aquel cerebro alcoholizado. Sólo la palabra "hipódromo" se le enredó de tal modo entre los dientes, que nadie hubiera podido decir lo que era, ni en qué lengua hablaba.

Y con esto termina, queridos lectores y amabilísimas lectoras, la relación de las aventuras de tío Climas en la feria de Jocotenango, siendo muy posible que vuelva yo a encontrarlo en otros puntos de la ciudad, antes de su regreso a "El Purgatorio".

7

El chaquetón verde

Algunos días habían transcurrido desde el 30 de Noviembre; y como en aquel lapso no encontré en ninguna parte a mi amigo don Clímaco ni a su costilla, comenzaba a sospechar que se hubiesen vuelto a "El Purgatorio", largándose como suele decirse, a la francesa. Pero no era así. El 4 del corriente mes, en momentos en que me disponía yo a salir de mi hotel con el objeto de dar una vuelta por la ciudad, vi aparecer a mi vecino, que después del saludo de costumbre, me explicó la causa de su momentáneo eclipse.

—Adivine, vecino, —me dijo—, qué he andado haciendo desde que nos vimos.

Le contesté que no podía saber en qué se había ocupado, y añdió:

—Pues he andado buscando por toda la ciudad el chaquetón de mi "agüelito" que "me se" perdió, no sé cómo, en la feria; que malhaya sea ella, y yo, por tonto de haber ido. Yo sabía que estos "chapines", sus paisanos, son muy satíricos para eso de robar; pero no había observado nunca que fueran tan vivos que le quitaran a un cristiano la ropa del cuerpo sin que lo sintiera. Si hubiera yo estado "bolo" aquella tarde, pase; pero, ¡qué!, "nian" había olido el aguardiente.

—Y, ¿qué diligencias —le pregunté— ha hecho usted para encontrar la prenda?

—He andado —me contestó— preguntando de tienda en tienda y hasta por las casas, si han llegado a venderla. Por consejo del mesonero, fuí a pegar unos papeles en las puertas de las iglesias, aunque tuve que pagar seis reales al escribano que los hizo; pero todo fue de balde. Aquí todos son muy hombres de bien; pero mi chaqueta no aparece. Y le aseguro, vecino, que no me voy sin ella, aunque tenga que ir al Juzgado, a la Suprema Corte, a la Asamblea y hasta con el Obispo a reclamarla.

—Y, ¿como en cuánto la estima usted? —le dije.

—Mire, vecino, —me contestó—; nueva, cualquiera hubiera dado por ella quince pesos; pero ahora que ya está algo usada, la daría yo por catorce con siete y medio y cuartillo; y de ahí no rebajo más, "que me horquen". Eso pido por la chaqueta, y además me han de entregar trece pesos que tenía amarrados en un pañuelo en una de las bolsas de afuera, un rosario de perlas de la Brígida y una baraja que tenía en la otra y una espuela poblana que cargaba en la de pecho.

—Pudiera ser —le contesté— que se encontrara el chaquetón y aun los objetos que estaban en dos de las bolsas; pero en cuanto a los trece pesos, ya es otra cosa; creo que debe usted despedirse de ellos para siempre.

Don Clímaco se puso pálido, después rojo y luego verde, al oír que no volvería a juntarse con su dinero en este mundo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

—Pero, señor —me dijo— ¿de qué sirve entonces tanto "perejil" que hay en la ciudad, si no se ha de encontrar mi pisto?

Viendo el apuro de mi pobre amigo y deseando ayudarlo a recobrar las prendas perdidas, estuve pensando a qué arbitrio podría recurrirse. Después de haber pensado un buen rato, le dije:

—Creo haber dado en el blanco; vamos a poner un anuncio en el "Diario de Centro América".

—Y, ¿quién es ése? —preguntó don Clímaco.

—Es —le contesté— un papel que se imprime todos los días; que compran muchas personas para leerlo; que otras leen de prestado y que contiene dos páginas de avisos, entre los cuales hay muchos de pérdidas parecidas a la de usted. Allí pondremos el anuncio del chaquetón verde.

—Y con eso, ¿es seguro que me lo entregarán con todo lo que cargaba adentro?

—Seguro, no; pero probable, sí. Será necesario escribir el aviso; y como yo, por desgracia, no sé escribir ese género de literatura, no ofrezco a usted redactarlo. Busque al escribano, como usted le llama, que hizo los que puso en las iglesias, y que le haga este otro.

—Y le tengo que dar otros seis reales —dijo don Clímaco.

—Y otros dos pesos más —dije yo— que deberá usted pagar por la inserción del anuncio en unos cuantos números del Diario.

—Otra te pego —exclamó mi vecino. Yo pensé que no cobraban nada por eso; pero ya voy viendo que aquí ni agua dan de balde.

8

El anuncio

Se despidió don Clímaco, salí y no volví a pensar en la pérdida del chaquetón. Pero al siguiente día se presentó mi hombre con un papel en la mano.

—Aquí está —me dijo— el aviso para el "Vicario" de Centro América"; se lo traigo, vecino, para que usted como capaz que es, vea si está bueno.

Limpié las gafas, tomé el papel y leí lo siguiente, escrito en letras muy gordas:

¡¡¡ATENCION!!!
Anuncio interesante

Una buena gratificación por el allasco de un gabán y demás objetos útiles y necesarios que contenía antes de que se perdiera

Y luego, en letra más pequeña:

El martes, día 30 del que espiró en Jocotenango, se desapareció un gabán vulgo chaquetón, propiedad del que habla de pana verde, con diez botones de oro, a quien se lo quitaron del cuerpo, que contenía en una de las bolsas de afuera trece pesos en moneda del cuño y una baraja, para jugar un rosario de perlas entrefinas, con una espuela en la de adentro. Tiene el valor entrínseco de ser cosa heredada del otro tiempo. Se gratificará con un peso al que lo presentare en el domicilio de mi habitación; pues de lo contrario, perseguiré como reo de rapto al que lo ocultare ante los tribunales.

CLIMACO DEL CACHO,
(que vivo en "El Purgatorio").

Dos veces leí aquel extraño anuncio, y lo devolví a mi amigo diciéndole:

—Bien está. Creo que no hay para qué variarle ni una coma. Llévelo usted luego a la oficina del Diario.

—¿No es verdad que está como mandado hacer? —dijo don Clímaco. —El escribano me lo leyó y vi que todo lo declara bien. De qué era, qué botones tenía, lo que cargaba en las bolsas y hasta el lugar donde vivo para que lo lleven. Voy a que lo pongan.

Trabajo me costó no reírme de la simplicidad de mi amigo que se marchó, dejándome con no poca curiosidad de ver en qué paraba aquello.

No pasó una hora sin que volviera, diciéndome que estaba el aviso entregado y pagado.

—¿Y lo leyeron? —le pregunté.

—No —me dijo—; sólo les encargué que lo pusieran y me vine.

9

Leyendo el periódico

Tres días después apareció don Clímaco en mi casa y me preguntó si había visto su anuncio en el papel. Le dije que no había tenido tiempo de leer los avisos de los últimos números; pero que los veríamos inmediatamente. Tomé el del día 7 entre los muchos que abundaban sobre las sillas y mesas de mi habitación y comencé a buscar el anuncio del chaquetón verde. Don Clímaco estaba muy contento, esperando ver cuándo lo mencionaría.

—"Abogado y notario... (leí entre dientes), un novillo blanco...; se alquila...; la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Compañía Hamburgo magdeburguense.... Banco...

Aquí me interrumpió mi amigo, diciendo con mal humor:

—Dale con el banco. Ese ha de ser el mismo que me ofrecía aquel niño con quien aposté en Jocotenango. Siga, vecino.

—A ver. . (continué leyendo) "Solitaría .. Un perro cazador... *Pacific* Mail Steamshp Company..

—Eso —dijo tío Climas— debe ser griego, como el nombre del "hidógromo". Sálteselo, vecino, no lo lea.

—"Se ha perdido (continué yo), una chachoverra color de ratón, ojos azules claros, orejas cortadas, una manchita sobre el pecho, cuerpo largo y delgado... se dará una gratificación..

—"Chachogua" —interrumpió mi amigo— debe ser mentira del "imprentero". Lo que quiso decir es que se ha perdido una "chichigua" color de ratón, pues he visto muchas así, con los ojos claros, como dice el papel, y manchitas en el pecho; largas y delgadas y cortadas las orejas. Deje usted, voy a poner cuidado y como yo "tope" una que esté criando y que tenga las demás señas, la llevo, para que me den la gratificación.

—"Muebles y cajas mortuorias .. (seguí leyendo). Convocatoria . Joyería fina . Leña de encino... Un buey bermejo. . Vino con extracto de hígado ..

—¡Achís! —dijo mi amigo—; no lea eso, y siga a ver si está mi aviso, que eso no revuelve el estómago.

—"Discursos de Castelar... Sanguijuelas .

—Y, ¿por qué no pondrán también —dijo don Clímaco arrebatándome el diario— sapos y culebras? Pero mi anuncio, nada. Voy a decirles a los del "Vicario" cuántas son cinco.

Se fué y tardó poco en volver con un papel roto en la mano.

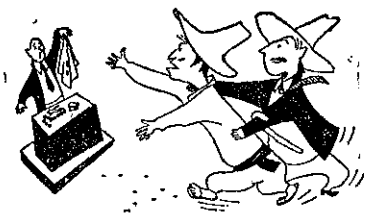
—Vecino —me dijo con el mayor desconsuelo y casi saltándosele las lágrimas—; todo lo que usted ha hecho para encontrar mi anuncio, fue tiempo perdido. No han querido ponerlo y me devolvieron la paga.

—¿Y qué razón le han dado a usted para rehusarlo?

—Dicen, vea usted qué salida, que mi aviso no es cosa seria, sino alguna broma o sátira, que no me lo insertan por ningún dinero, porque se desacredita el "Vicario". Pedí que me lo devolvieran y lo sacaron de un montón de papeles sucios que tienen bajo el mostrador de la tienda. ¿Qué hacemos vecino?, yo no me voy sin mis p r e n d a s, aunque para hacerme de ellas tenga que desacreditar al "Sunsuncordia".

10

El montepío



—V a m o s —le contesté, tomando mi sombrero y mi caña—, a ver si damos con el dichoso chaquetón. Salimos a la calle, anduvimos arriba y abajo y después de una marcha fatigosa, pasamos delante de un Montepío.

—Entremos —dije a mi amigo—, tal vez aquí esté lo que buscamos.

—Bueno —me contestó—, y si aquí me salen también con que los desacredito, les diré muy claro que quien se desacredita es quien coge lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no el que cobra lo que es suyo.

Una multitud de personas de ambos sexos y de diferentes clases se agolpaba delante del mostrador. Era día de remate y estaban pregonando la heterogénea colección de objetos empeñados.

—"Una guitarra, sin clavijas y sin cuerdas, rajada en la boca" —gritaba el dueño del establecimiento. —"Ofrecen un peso. ¿Hay quién puje? ¿Hay quién dé más?".

Como nadie chistó palabra, la desencordada y desclavijada guitarra fue entregada al que ofreció los ocho reales.

—"Un tomo de la Historia de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, a la rústica y trunco, en un real. ¿Hay quién dé más?".

Y fue también entregado al postor.

—"Una jeringa de bomba, descompuesta, por cuatro reales. ¿Hay quién puje?

—"Un paraguas sin forro, un retrato de Napoleón, un florero quebrado, un acordeón que no suena, una muñeca sin cabeza y un arete de caucho zonto; todos por doce reales. ¿Hay quién ofrezca más?

—"Una chaqueta de pana verde, usada, un rosario de perlas falsas, una baraja y una espuela poblana, todos por tres pesos, dos reales y cuartillo. ¿Hay.. ?".

—Eso es mío —gritó don Clímaco. —A ver mis prendas y los trece pesos que cargaba en las bolsas de la chaqueta, o nos oirán los sordos.

Trabajo me costó calmar a mi vecino y convencerlo de que si quería recobrar sus cosas, no había más arbitrio que comprarlas. Por fortuna no hubo quien las pujara, ni se presentó el que las había empeñado. Mi amigo dijo que no daba más que doce reales por los cachivaches, pues era lo sumo que valía todo; pero el almonedero se mantuvo firme, y al fin, jurando y renegando, tuvo don Clímaco que largar lo que pedían. Cargó con sus cosas y arrancando un profundísimo suspiro, dijo al salir del Montepío:

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

—Adiós mis trece pesos, hasta el valle de Josafat.

11

El barbero antiguo

Entre los talleres de artesanos de la capital que se han modificado más o menos perceptiblemente con el transcurso de los tiempos, ninguno ha experimentado transformación tan radical, como las antiguas barberías. La generación que está levantándose ignora lo que fueron, cincuenta años hace, las tiendas de barbero de la ciudad y no sabe tampoco cuán múltiples eran las funciones de los que se dedicaban a ese importante oficio. Para edificación y enseñanza de la juventud, que es la esperanza de la patria, conviene suministrarle ciertos informes acerca de los antiguos fundidores de mejillas y trasquiladores de ganado humano, antes de contar lo que en una de las modernas y más elegantes barberías de la capital aconteció a nuestro amigo don Clímaco del Cacho.

He dicho que las funciones del barbero eran varias en aquellos tiempos y que el carácter del personaje no carecía de importancia. Efectivamente, el que ejercía el arte, rasuraba, o resuraba, como decimos por acá, cortaba el cabello, sangraba y sacaba muelas; añadiendo a esas cuádruples funciones, la quinta, de maestro de primeras letras.

Para probar que el oficio debió ser corriente, bastará recordar que en aquellos dorados tiempos eran poquísimas las personas que se hacían la barba a sí mismas; que no había dentistas; y que los cirujanos desdeñaban las operaciones de sangrar y extraer muelas. Se hacía preciso, pues, ocurrir para todo esto al barbero, que venía a ser, por consiguiente, un personaje indispensable en una sociedad medianamente organizada.

¡Sombra venerable del maestro Perfecto Rapacara! ¡Me parece todavía que te veo, en calzón corto de paño negro y chaqueta muy larga de algodón; envuelto en la capa, cubierta la cabeza con el sombrero de castor, ancho de faldas y bajo de copa, que dejaba escapar sobre la nuca la coleta empolvada, atravesar con paso precipitado desde las siete de la mañana, las calles de la ciudad!

Tu tienda contenía una silla vieja y medio descompuesta, con un asiento duro como si fuera de piedra; una mesa donde estaban los útiles del oficio, un banco que ocupaban los tertulios del barbero, y uno o dos niños de seis a ocho años de edad, que aprendían a leer y atendían más a lo que se hablaba que a las lecciones del pedagogo. Pendían de las paredes cuatro estampas de la historia de la casta Susana y del Hijo pródigo, un espejo pequeño y unas disciplinas destinadas a las frecuentes y crueles correcciones que aplicaba a los discípulos aquel maestro, que tenía arraigado en el cerebro el axioma de que "la letra con sangre entra".

El maestro Perfecto era un sujeto importante en su barrio y antes de haber sido barbero, desempeñaba, en tiempo del Rey, el cargo de correo, haciendo viajes hasta Nicaragua y a Oaxaca. Con razón decía, pues, que él era hombre que había andado medio mundo, que nadie podía contarle cuentos, y cuando alguno hablaba de viajes, se sonreía con lástima, diciendo en sus adentros: "Todo eso y mucho más conozco yo".

Recuerdo que una vez me dijo que el clima de una de las ciudades donde había estado era muy malo; y preguntándole la causa, me contestó con la mayor formalidad que consistía en que en aquella población el sol salía por el Norte. Aunque niño todavía y a pesar de mi respeto por las canas y por la experiencia del viajero, la cosa se me hizo difícil de tragar y aventuré una tímida objeción al aserto del maestro Rapacara.

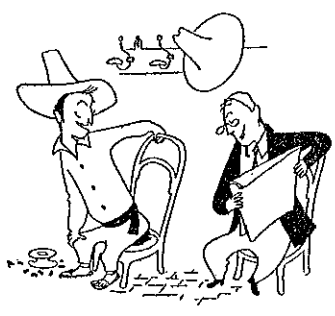
Indignado éste de que un joven dudara de lo que él mismo había visto, replicó en tono colérico:

—Pues si lo duda, vaya usted a verlo, niño, y se convencerá. La prueba de que allá nace el sol por el Norte y no por el Oriente como aquí, es que en Guatemala sale el sol por detrás de la Catedral, y en aquella ciudad sale a un lado de la iglesia.

A juicio del bueno del rapista, era el orden del universo el que estaba variado en la ciudad de que me hablaba y no la posición del templo principal. Esta anécdota, que es completamente histórica puede dar idea del provecho que había sacado de sus viajes aquel sutil observador.

12

Tío Climas en la barbería



Ni las barberías ni los barberos de nuestra época son ya como los de hace cincuenta años. Ahora, ¡qué de rotulones dorados, cuyo brillo fascina la vista de los que pasan! ¡Qué de aparadores cerrados con cristales, conteniendo jabón de varias clases, cepillos de diferentes formas y destinados a diversos menesteres, perfumes, peines, navajas, guantes, jeringas de caucho, y hasta juguetes para niños! ¡Qué sillones cómodos y elegantes, que podrían servir de cama en caso necesario! ¡Qué de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

brochas mecánicas pendientes de poleas y puestas en acción sobre la cabeza del sujeto sin que se vea el motor del aparato! ¿Qué de grandes espejos con marcos dorados! ¡Qué de periódicos sobre las mesas y cuánta gente de la clase rica que pone el cuello o la cabeza en manos de un barbero italiano, francés, inglés o alemán, a quien no conoce más que de vista! Porque algunos de los maestros que tienen hoy establecimientos abiertos en Guatemala, si no han ido tal vez a Oaxaca o a Nicaragua, como Rapacara, han venido de allende el mar y no creen seguramente que el sol salga por el Norte en ninguna parte, aunque Dios sabe en qué otras cosas creerán.

En una de esas elegantes y bien arregladas barberías en uno de los puntos más centrales de la ciudad, hube de entrar cierto día del corriente mes; y como los dos sillones estaban ocupados y había otros dos sujetos aguardando, me senté a esperar mi turno, entreteniéndome en recorrer un periódico "ilustrado", mientras concluía uno de los maestros y podía operarme. Una de las personas a quienes se afeitaba, hablaba inglés con su barbero, y la otra conversaba con el suyo en alemán.

No habría pasado un cuarto de hora, cuando oí que decían en la puerta que da a la calle:

—¿Aquí será donde "pelan" a la gente?

Conocí al momento aquella voz y levantando la cabeza, vi a mi vecino don Clímaco, a quien no había vuelto a encontrar desde el recobro del chaquetón verde. Sin aguardar respuesta, mi amigo había entrado y repetía la pregunta.

—Aquí es —le contestó uno de los barberos—; siéntese usted y aguarde el turno.

—Lo aguardaré, con tal que vuelva luego —dijo el dueño de "El Purgatorio", que habiendo advertido mi presencia, me saludó y se sentó sin ceremonia, en una silla que estaba ocupada con el sombrero de fieltro de uno de los afeitados.

Lo que ocurrió después y lo que mi vecino hizo y dijo en la barbería, será objeto de otro capítulo, a fin de que no sea éste tan largo como la espera que tuvimos que hacer, para entregar nuestra cabeza y nuestras mejillas a la tijera y a la navaja de los sucesores del ilustre Rapacara.

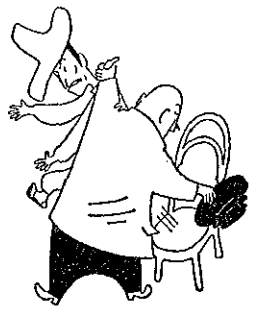
13

El alemán

Con inquieta curiosidad recorría don Clímaco desde la silla en que se había sentado, los diferentes objetos expuestos en el establecimiento, sin descubrir la necesidad o utilidad de la mayor parte de ellos.

—¿Y todos esos "cuentos" —me dijo mi amigo, después de haber pasado revista a la colección de útiles de tocador— para qué son?

—Todas estas cosas —le contesté—, tienen su oficio, sirven para contribuir al aseo o al adorno de la persona, y las que no son de uso del establecimiento, están a la disposición de quien quiera comprarlas.



—No seré yo —replicó—, el tonto que dé un real partido por la mitad, por todos esos cachivaches. Si quiero asearme, en ninguna parte falta agua clara, y para adornarme cuando se me antoja, basta y sobra con mi "mudada" de pana verde y mis botones de escuditos de a cuatro reales. Mucho "pisto" han de tener estos "chapines", cuando lo gastan en todos estos "tiliches", que malhaya la falta que hacen para comer, beber y estar uno aseado.

Volviéndose luego a uno de los barberos, le dijo:

—Y por fin, maestro, el "turnio" ¿viene a pelarme o no viene? Ya me canso de aguardarlo.

Comprendí la equivocación de mi amigo y le dije que el "turno" y no "turnio", que se le había dicho que aguardara, era su vez de ser llamado al sillón, luego que hubiesen concluido los que habían llegado antes que él.

—Yo creí —me dijo— que era alguno de los barberos que tuviera los ojos torcidos, y que ése había de venir a pelarme; pero ya se ve como éstos no hablan bien la "castilla", y le llaman "turnio" o turno a cortarle a uno el pelo y "resurarlo".

Habiendo concluido uno de los que se estaban afeitando, que era un alemán de talla colosal, se levantó, pagó y comenzó a buscar su sombrero por todos lados. No encontrándolo y recordando que lo había puesto en la silla en que estaba sentado don Clímaco, suplicó a éste, en castellano chapurreado, que se levantara.

—¿Qué es lo que quiere éste? —me preguntó mi vecino.

—Que le dé usted su sombrero —le contesté.

—¿Y qué sombrero le tengo yo? —replicó el campesino, montando en cólera. —Pregúntele si me lo ha dado a guardar para que me lo cobre.

El teutón, que medio comprendió la negativa de mi hombre, lo levantó en peso como si fuera un muñeco, tomó su sombrero que estaba hecho una pasa, y con la flema propia de los de su nación, se marchó sin decir una palabra.

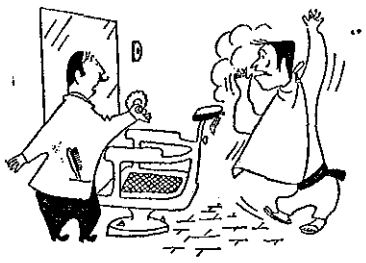
Los que presenciamos el incidente no pudimos dejar de reírnos, así de la calma del alemán, como de lo amostazado que quedó

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

don Clímaco, que se disculpaba diciendo que ¡dónde se había visto que los sombreros se pusieran sobre los asientos y no debajo, como él ponía el suyo!

14

La afeitada



Veinte minutos después estaban libres los dos sillones y fuimos llamados mi amigo y yo a ocuparlos.

—B i e n —dijo d o n Clímaco— pero es menester que me diga el maestro cuánto me lleva por "resurarme" y por "pelarme".

—Dos reales por cortar el pelo y dos por afeitar —dijo el barbero.

—Es caro —replicó mi vecino. —Si me hace las dos cosas por dos y medio me meto en el sillón, y manos a la obra. Si no quiere, me voy con la música a otra parte, que no ha de faltar dónde trabajen más barato.

Sin que mi amigo lo entendiera (dije al barbero que yo pagaría la diferencia y que procediera a afeitar y cortar el pelo a aquel parroquiano. Le dijo, pues, el maestro, que le pagara lo que quisiera; con lo cual se dirigió al sillón, se sentó, no sin algún susto, al sentir que se hundía el asiento, efecto natural de los resortes; pero tranquilizado al ver que no había peligro y sí comodidad en la butaca, dijo:

—Lo que no inventan estas gentes de la otra isla no lo inventa nadie. ¡Qué sillón más sabroso! Algo debe tener adentro, que se siente uno tan a gusto. Si yo supiera qué es, compraba para montar a caballo. Empiece, maestro; pero váyase con mucho tiento, porque le digo que por cada cortada que me dé, le rebajo medio real de la paga. Cuando sea preciso que inflé las mejillas, avísemelo, porque nunca me ha caído bien lo que hacen los barberos de los pueblos, que le meten a uno el dedo en la boca, para estirar la cutis del pellejo y que corra la navaja.

Ató el barbero el peinador al cuello de mi amigo, le embadurnó bien la cara con jabón y comenzó a operar con facilidad y destreza.

—No tiene mala mano este inglés —dijo tío Climas—, y ya voy viendo que tal vez no era cara la "resurada" por dos reales, pues no voy a tener necesidad de hacerlo otra vez, hasta que vuelva para la feria de Agosto. ¿Y usted, vecino —me preguntó—, cada cuántos meses viene aquí a que le rapen la cara?

—Yo me afeito solo y diariamente —le contesté.

—¡Diariamente! —repitió tío C l i m a s. —Eso, perdóneme, no se lo creo, ni que me lo jure. Sería preciso que no tuviera usted nada que hacer, para perder así el tiempo sin necesidad.

—¿Y qué dirá usted, —repuse yo—, si le aseguro, como es la verdad, que cuando tengo que concurrir a alguna reunión por las noches, vuelvo a afeitarme, después de haberlo hecho por las mañanas?

—¡Dos veces al día! —exclamó mi amigo estupefacto. —¡Qué azotes me daba el diablo si hiciera yo semejante cosa!

En eso concluyó el barbero su operación y después de haber lavado y enjugado el rostro de tío Climas, tomó la borla con polvos de arroz y pasándola por las mejillas y barba, se las dejó completamente blancas. Mi vecino que se vio en aquella catadura en el espejo que tenía delante, saltó de la silla hecho un demonio y gritó:

—Esto sí que no lo aguanto, maestro. ¿Acaso estamos en carnestolendas, ni estoy yo aquí jugando con nadie para que me llene la cara de harina, que me ha dejado como ratón de panadería?

Diciendo así se sacudía el polvo a toda prisa, con no poca admiración del barbero, que no estaba acostumbrado a parroquianos de aquella talla.

15

Corte de pelo

Procuré tranquilizar a mi vecino, diciéndole que así se usaba en Guatemala y recordándole el proverbio que dice: "A la tierra que fueres, haz lo que vieres"; con lo que pareció conforme, aunque asombrado siempre de tan extraños usos.

—Vamos ahora —dijo— a la "pelada"; pero no vaya a echarme harina en la cabeza, porque no me llamo Clímaco si no le doy con lo primero que "tope" a mano.

—¿Y cómo quiere usted —preguntó el barbero— que le haga el corte del cabello? ¿A la última moda?

—¿Y cuál es la última moda? —replicó mi amigo.

—Partido el cabello por el medio de la cabeza —contestó el artista—, y levantado por ambos lados.

—¡Con la raya en medio! —exclamó tío Climas—; pues no es nada el capricho del inglés. ¡Acaso soy mujer! "Péleme" como hombre, bien rapada la cabeza por todos lados, menos el "serpentón" o por vida de "sanes" que no le pago.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Ofreció el maestro hacerlo como mi amigo lo deseaba, y cortándole el cabello a punta de tijera, le dejó muy largo únicamente el copete con lo que el campesino hacía una figura como la de los retratos de ahora sesenta años; pero que a él le parecía lo mejor y más natural del mundo.

En seguida tomó el barbero una botella de agua y bañó con el contenido la cabeza de tío Climas, que me dijo:

—¿Creerá este inglés que yo soy como él, que no estoy bautizado, que me está volviendo a echar el agua?

—No es bautismo —le dije—, sino lavatorio.

—Pues eso —replicó él—, dígale que lo deje para el jueves santo, y que me lo haga en los pies, cuando salga yo de apóstol; y no en la cabeza, que no hay necesidad de que me la lave nadie. Me bañé antes de salir de "El Purgatorio", y si aquí se usa lavarse y "resurarse" dos veces al día, yo lo hago cada dos meses, cuando bien va, y de esto no salgo; porque ha de saber usted, vecino, que no de balde dice el dicho que "la cáscara guarda el palo".

El peluquero continuaba tranquilamente su operación, sin comprender la mitad de lo que decía tío Climas. Tiró de la brocha mecánica, que descendió hasta ponerse en contacto con la cabeza de mi vecino, y con el rápido movimiento de rotación que imprimió al aparato un muchacho que daba vuelta a la cigüeña en la pieza vecina, pasaron y repasaron las agudas púas de cerda de la brocha sobre el cráneo de tío Climas, que al experimentar aquella sensación extraña y nueva para él, creyó que le desgarraban el cuero, y lanzando un reniego, gritó:

—Eso no, por vida de..., si me encajan esas espinas en el casco, lo degüello con esta navaja—. Y tomando una que estaba sobre la consola, se disponía a efectuar su amenaza.

—Basta ya —dije al barbero—; este señor no está acostumbrado a esas operaciones; déjelo usted y concluyamos.

Don Clímaco, ciego de cólera, arrojó dos y medio reales sobre la mesa, y se salió a la calle, con el peinador atado a la garganta y con el gran copete levantado, como se lo dejó la brocha mecánica. Tuve que salir a llamarlo y hacerlo volver, ofreciéndole que no se repetiría lo que tanto lo había enojado.

16

La peluca

Restablecida la paz, terminada la operación, y habiendo yo completado disimuladamente la paga, mi vecino y yo íbamos a marcharnos, cuando entró en la barbería una mujer con un peluquín de señora, de los que se usan en los bailes. Era una criada que iba a devolver el peinado, por ser los cabellos más rubios que los de la dama a quien estaban destinados. Al ver aquella profusión de rizos, de tan hermoso color, me dijo tío Climas.

—Vea usted, vecino; ¡qué linda cabellera de ángel! Si la vendieran, yo la compraba. ¿Cuánto se dejarán pedir por ella estos ingleses?

—No es cabellera de ángel —le contesté—, sino peinado para señora, y según creo, vale diez y seis pesos.

—Es "caliente" —replicó mi amigo—; pero tal vez rebajen.

—¿Y para qué quiere usted ese peluquín? —le dije yo.

—¿No dice usted que eso lo usan las mujeres? Pues guárdeme el secreto; quiero esa cabellera para darla de "cuelga" a la Brígida, el día de su santo, que ya viene. Propóngales ocho pesos.

No pude dejar de reírme de la simplicidad de mi amigo, que pretendía colocar sobre los negros y gruesos cabellos de la señora Brígida aquellos rubios, sedosos y ondulantes bucles; pero por darle gusto, hice la propuesta. El barbero, que no veía probabilidades de salir muy pronto de la prenda, pidió catorce pesos, y mi amigo que se había encaprichado en poseer el dichoso peluquín, ofreció hasta doce, lo que fue aceptado.

Contentísimo con su adquisición y figurándose ya a su cara mitad, hermosa como un serafín de retablo con la rubia cabellera, se despidió del barbero, diciéndole:

—Adiós, señor "Monsieur", nos veremos en el Agosto, que volveré a la feria y vendré a "resurarme" y a "pelarme" en su tienda, con tal de que ni me eche harina en la cara, ni me arrime otra vez la brocha.

El barbero le ofreció que se haría lo que él deseaba, y saliendo del establecimiento, nos dirigimos al mesón, llevando mi vecino la cabellera con más cuidado que si fuera una vela encendida que pudiera apagar el más leve soplo de viento.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org